

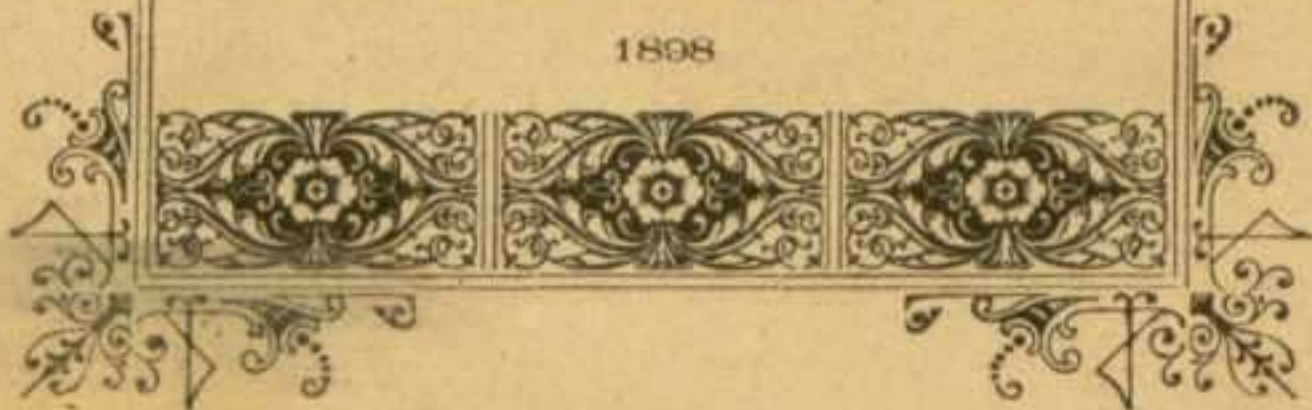


**CASI  
NOVELAS**

VITORIA

IMPRESA DE LOS HIJOS DE ITURBE

1898





*Casi*

*Novelas*

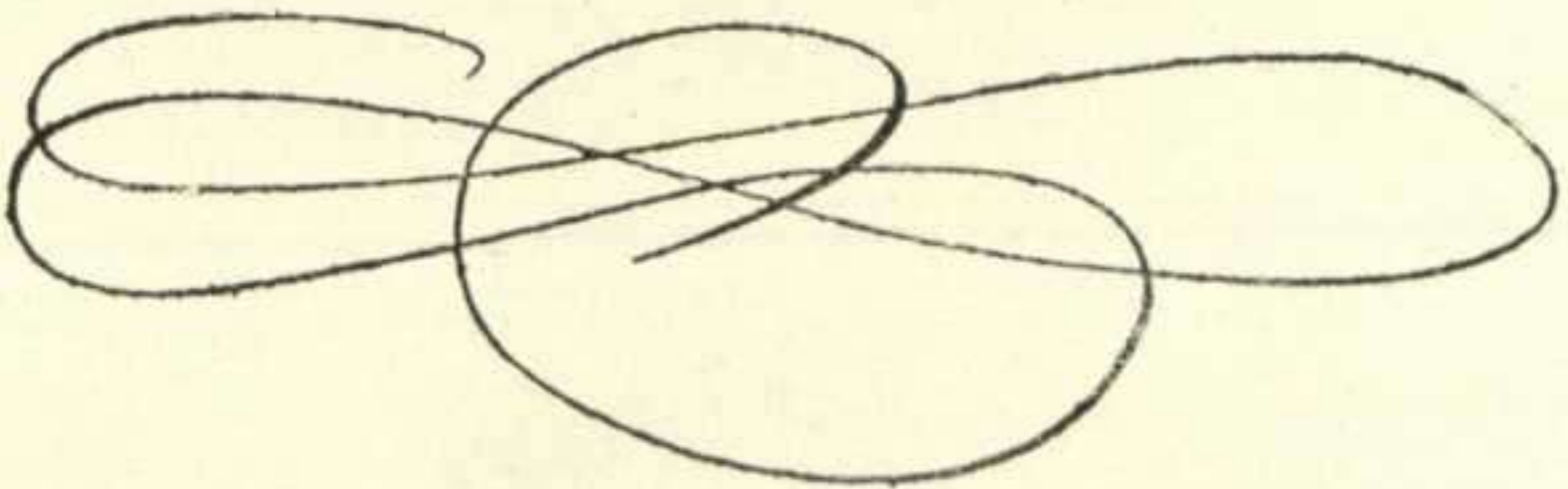
---







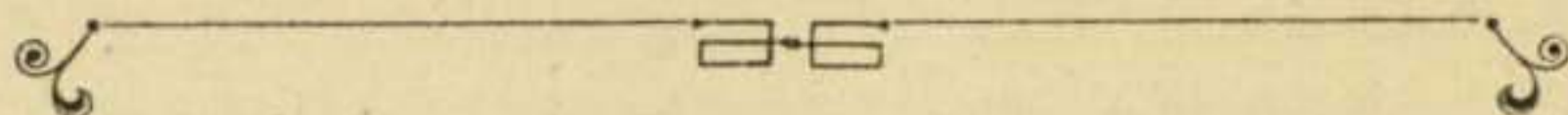
Alfredo Gabar



M-59720  
F-60501

ATA  
5094

ALFREDO TABAR



C A S I

N O Y E L A S



VITORIA

IMPRESA DE LOS HIJOS DE ITURBE

1898

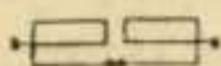
ALFONSO RIVERA







## El poema de una golondrina



*M<sup>e</sup> amie Marie:*

**A**YER salí del convento... ¡Ah! Recibe, ante todo, un beso en la boca, otro en cada hoyuelo de las mejillas, y otro en el hoyito aquél, que tenías antes en la barba. Supongo que también ahora lo tendrás.

Adjuntas te mando dos plumas negras. Luego sabrás por qué... Son de golondrina, de una golondrina, de la cual tengo que decirte muchas cosas.

Vamos por partes.

Ayer, 28 de Junio, salí definitivamente

del convento, á los siete años de haber entrado en él, ó sea, á los quince de edad. ¡Salí del convento! ¿Comprendes la música inefable que encierran estas palabras? Segura estoy que sí, porque tú también te has hallado en ese caso.

Era una mañana deliciosa: el cielo azul, el sol radiante, los pájaros alegres; y yo, más alegre que el cielo y el sol y los pájaros, veía llegado el gran día, el día de mi libertad. Salté de la cama muy temprano: todavía era de noche; pero tan impaciente estaba acostada, que creí engañar mejor el tiempo, levantándome. Ya tenía hecha la maleta. Sólo esperaba la llegada de papá con el coche, dar un beso á las compañeras y... á volar, á respirar el aire libre. A las ocho llegó papá; nos despedimos de las Hermanas y partimos. Papá se extrañó de que yo no llorase al dejar el convento, lo cual le hizo sospechar que no estaba en él muy á gusto.

Hicimos un viaje encantador. Yo, todo el tiempo asomada á la portezuela, charlando y riendo. Hacía un vientecillo fresco, y sentía en la piel pequeños estremecimien-

tos, como si alguien me acariciara... Almorzamos en una venta: bebí un sorbo de vino y me emborraché. Cuando montamos de nuevo, pedí á papá noticias de toda la familia, incluso la *feísima* prima á quien escribo.

Llegamos á Vitoria á las doce y nos hospedamos en casa de la tia Isabel. La tia vive en un caserón sucio y destartalado, muy antiguo, tan antiguo que el mejor día se cae á pedazos. En mi cuarto, grande como un claustro, de altísimo techo, con enormes ventanas, criaban dos golondrinas. Su charladora algarabía, al borde del nido, alegraba el vetusto aposento.

Después de comer, quedéme sóla en él. Tenía necesidad de silencio para soñar con mi libertad, con que iba á ver en breve rostros queridos. No más convento, con su desesperante monotonía; no más Hermanas, con sus tocas blancas. ¡Aire, luz, calor, variedad!.... ¡Viva la anarquía! (Dispénsame, querida *Mary*: desde que salí del convento, estoy loca. No sé lo que me pasa; tengo los nervios tirantes, como cuerdas de guitarra).

Como te decía, me quedé sóla en mi cuar-

to, y allí fui testigo de la más espantosa tragedia que han presenciado humanos ojos. Escucha atenta.

Para limpiar las telarañas del techo—que las había grandes como sábanas, según me dijo después la tía, porque aquel cuarto estaba deshabitado,—había hecho la criada un plumero con palos de escoba, atados unos con otros, de modo que pudieran llegar al techo. Así logró dejarlo limpio como la plata. Bueno; pero á la criada, que tiene tanto *pesquis* como Sor Marcelina —¿te acuerdas?—se le olvidó llevarse el *limpiatelarañas*, después de arreglado el cuarto. El palo aquel estaba arrimado á la pared, precisamente junto al nido de las golondrinas. Poco después de entrar yo, y por descuido mío en dejar abierta la puerta, se coló *Pedrín*, un gato enorme, blanquinegro, de reluciente abdomen, tímido, al parecer, como una monja; pero, en realidad, un truhán como una loma, de uñas aterciopeladas... que á veces desgarran la carne.

El señor *Pedrín*, venía á mi cuarto con intenciones aviesas para las pobres golondrinas, y, mientras yo desocupaba mi ma-

leta, apercebido de que el palo del *limpiador* le ofrecía fácil escala, trepó por él, llegó al nido y dió un asalto á sus pacíficos moradores. La madre salvóse fácilmente; pero los hijuelos perecieron en las uñas de aquel gargantúa. Yo no me dí cuenta del crimen hasta que los gritos desolados de la madre me advirtieron la matanza, y ya era tarde.

La pobre golondrina sin sus hijuelos, quedóse revoloteando al rededor del nido vacío, con tanta tristeza y unos píos tan dulces, que, de seguro te hubiera enternecido. Yo no pude menos de echarme á llorar como una Magdalena.

Cuando sequé mis lágrimas, me ocurrió una idea: la golondrina aquella no volvería á anidar en el funesto nido, temerosa de otra hecatombe; parecía sentir tanto la pérdida de sus hijos, que, me figuré, que en cuanto se apaciguase algo su dolor, partiría al Africa, su patria, á olvidar la tremenda desgracia... Yo sé que en Argel debe estar ahora mi primo Antonio, aquel alférez de marina que vino á visitarme hace un año, y...

Y ya sabes que cuando estuvo en el con-

vento se enamoró de mí, como lo que era, como un cadete. Al partir, me suplicó que le avisase el día de mi salida del convento, para que me escribiera, porque me amaba y yo era su vida y..... etc., etc. Yo se lo prometí, porque..... (vamos; te lo diré aunque te burles de mí), porque me *gustaba* y le *quería* un poquito. La verdad es que, con su gorra blanca, su levita negra y su sable, estaba hermoso: cada cosa en su punto.

Pues bien, me ocurrió escribirle por medio de aquella golondrina.... Veo que te burles de mi idea, pues dirás, y con razón, que las golondrinas no vuelven al Africa hasta el Otoño, y que semejantes correos no son seguros sino en los *Cuentos del Abuelo*: ya lo sé, no me hagas tan tonta. Pero ayer.... ayer era yo capaz de todas las ideas descabelladas y de todos los pensamientos absurdos. Además..... *pensaba* escribirle por el correo de hoy; de modo que, ya lo ves; era sólo un capricho, una niñería de colegiala regocijada.

Dicho y hecho; cerré las ventanas, me puse en seguimiento de la golondrina, y, después de media hora de persecución y de

haber roto ¡esto es lo más triste! la jofaina del lavabo—riquísima pieza de porcelana,—conseguí atraparla.

Escribí una cartita diminuta con mi mejor letra inglesa, se la até con una cinta de seda roja á la pechuga, de modo que no le impidiese el vuelo, y después de darle un beso en el piquito negro, beso que me agradeció, estoy segura, con una mirada de sus ojos negros como cabecitas de alfiler, la puse en libertad.

El animalito comprendió, sin duda, lo que yo quería, pues apenas se vió suelto, partió hacia el sur, desapareciendo á los pocos instantes.

Luego, mientras papá y la tia Isabel dormían la siesta, estuve largo rato mirando por la ventana el cielo, de un azul intenso como nunca lo había visto. ¡Hallaba todo tan hermoso y había tal dulzura en cuantos objetos miraba!—habíame ya olvidado de la tragedia del gato, aunque no de la golondrina,—que, trastornada, sin saber lo que hacía, me quedé adormecida de bruces sobre la ventana.

¡Bonita postura—dirás tú—para dormir

una señorita! Pues sí, me dormí en tan incómoda posición, y te aseguro que nunca he disfrutado de un sueño tan dulce como aquél. Veía paisajes encantados, rostros... ¿Te ries? Hago punto en esto.

Me despertó una sensación de frialdad que sentí en la nuca. Estaba lloviendo y yo tenía ya los cabellos completamente mojados. Era una de esas tormentas que se forman sin saber cómo. El cielo se había vuelto negro como si le hubieran pintado con heces de vino; las gotas eran claras y gruesas como *perros chicos*. De cuando en cuando, fugitivos relámpagos iluminaban el cielo con tintas amarillentas. Un viento cálido, asfixiante agitaba las copas de los árboles.

Sin cerrar la ventana, entré en la alcoba á secarme la cabeza. Cuando salí otra vez, la tormenta se había desencadenado: el cielo plumizo, casi negro, vertía un diluvio de agua, una catarata inmensa que amenazaba inundar la tierra. Los hilos de agua no caían verticales, sino que empujados por el viento huracanado, venían de través y penetraban hasta muy adentro del cuarto. Después de muchos afanes, medio cegada



por la lluvia y con el rostro chorreando agua, logré cerrar la ventana.

Vuelta á secarme otra vez, y á mirar por los cristales; pero estaban tan empañados de agua, que no pude percibir más que un fondo ceniciento sin ningún detalle. Y seguía la función, con mucho trueno, mucho relámpago, que me ponían los pelos de punta, y un viento que hacía chasquear las ramas de los árboles como si fueran castañuelas.

Tenía el rostro pegado á los cristales, cuando por entre los vidrios turbios, creí ver un punto negro en el fondo obscuro del cielo. Un punto negro, que variaba de posición á cada instante é iba de uno á otro lado como loco. Miré con fijeza y creí conocer la golondrina de la carta, la mensajera de mi primo.

Sin duda, sorprendida por la tempestad, lejos de su nido, volvía á él azorada, sin haber hallado otro escondite en la ciudad. Mojada, entumecida por la lluvia y cansada por los remolinos del viento, se acercaba á la ventana, en busca de un resquicio por donde colarse.

No lo había: estaba cerrada. Te confieso que sentí mucho la mala suerte del pobre animalito, á quién yo creía ya camino de Africa: hubiera querido abrir la ventana para que entrase; pero la tormenta continuaba con más furia cada vez, y el viento era tan fuerte, que me exponía á mojarme completamente y á no poder cerrarla luego. Así es que permanecí, irresoluta algunos instantes, viéndola revolotear atontada, loca.

Cada vez se acercaba más, y ya golpeaba con sus alitas húmedas los cristales y mirándome á través de ellos, parecía decirme con sus píos suplicantes: «¡Ábreme!»

Al fin, un vivísimo relámpago, seguido de un espantoso trueno, parecido al derrumbamiento de cien montañas, me decidió; cubierta con un chal, abrí media ventana y esto bastó para que la pobre golondrina se precipitase en el cuarto, empujada por el viento y la lluvia. El pajarillo vino á chocar contra un espejo y cayó al suelo como muerto.

Lo recogí con cuidado y miré si aún vivía. Estaba frío. Tenía las plumas pegadas

al cuerpo y un ala herida. Apenas si quedaba un resto de vida en aquel cuerpecillo. Sólo tenía abiertos sus ojitos negros y brillantes, y con ellos parecía darme gracias por mi protección. La cartita, sujeta al pecho por la cinta roja, estaba mojada y la cinta, desteñida. Le desembaracé de ambas cosas.

Para reanimar al desgraciado pajarillo, le tuve algún tiempo entre las manos; pero como no las tenía muy calientes, no logré que entrara en calor. Recurrí á otro medio: lo introduje en el seno. ¡Estaba tan frío!... El contacto de su cuerpo helado, me hizo lanzar un grito. Así lo tuve media hora, quieta, inmóvil, sin respirar, por temor de hacerle daño. Poco á poco, se secó y yo creí que lo salvaría.

Pero, nada, ninguna señal de movimiento; permanecía inmóvil, como aletargado. Cuando me pareció que ya habría entrado en calor, lo saqué... ¡Estaba muerto!... Tenía las alitas pegadas al cuerpo, la larga cola hendida, rígida; los ojos y el pico, cerrados.

Al ver muerta á la pobre golondrina, me

entró una tristeza y un deseo de llorar!.. ¿Es verdad que se pone una fea llorando? Porque yo no sé cuánto tiempo estuve vertiendo lágrimas.

Más calmada luego, decidí enterrar el pajarillo al pie de un árbol del jardín, en una cajita donde yo guardaba dijes, pendientes y otras chucherías. Le arranqué seis plumas del ala derecha: dos para tí; por eso te las mando: dos, para incluirlas en la carta que *pensaba* escribir, por la noche, á mi primo; y otras dos, para mí, como recuerdo de aquel drama ignorado, que inició *Pedrin* y desenlazó la tormenta.

Poco después cesó de llover, desgarráronse las nubes y apareció el cielo azul, con un sol vívido y deslumbrante.

Bajé al jardín: estaban bellísimas las flores cuajadas de gotas de agua, y en medio de un círculo de rosales, y, bajo una plancha de césped de un hermoso color verde, dí sepultura á la infeliz avecilla.

Por la noche, papá y la tia me llevaron al teatro: representaban *En el puño de la espada*. Me divertí muchísimo, aunque algo encogida, como verdadera colegiala. Sin

embargo, hice los honores del palco á algunos amigos de la tia Isabel que vinieron á visitarnos en los entreactos y... Ya no le escribo á mi primo, como pensaba... La verdad es, que no es tan hermoso como me parecía y, además, el nombre de Antonio no es muy bonito que digamos: ¡cuánto más lindo es el de Luis!... No hagas suposiciones infundadas, ni... Pero no le escribo. La muerte de la golondrina fué un presagio que no salió fallido. Mi primo ha muerto *para mí*, como el pajarito. ¿Entiendes?

Adios, querida mia: recibe un millón de besos de tu prima que te quiere mucho, mucho, mucho, y está loca de alegría por haber salido del convento,

PILAR.

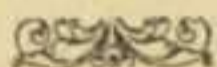
P. D. Me dice papá que, dentro de quince dias, iremos á esa. Dentro de quince dias, pues, te daré un abrazo muy apretado y podré hablarte largo y tendido de *él*; ya entiendes: del otro.

Vitoria 29 Enero 92.





## EL GATO



**M**URIÓ al anochecer, evaporándose el alma de aquel angelillo de seis meses, en alas del último resplandor de la tarde.

El padre y la madre, con el corazón destrozado por la pérdida de su hijo, procedieron á vestirle el último traje. Primeramente, lavaron su cuerpecillo demacrado con agua perfumada y una esponja muy fina «para no hacerle daño....» como si aún tuviesen la esperanza de que resucitase. Después peinaron sus cabellos rubios, pegados á la frente. Enseguida le pusieron un vestido de seda blanco, muy escotado y sin mangas. Estaba sin estrenar; habían creído

que lo luciría en los paseos, agitando sus brazos regordetes..... ¡y le servía de mortaja! Calcetines blancos dejaban al descubierto parte de la pierna; y en los pies, le calzaron zapatitos también blancos con hebilla de plata.

Cuando concluyeron el fúnebre tocado, los dos padres se miraron un instante en silencio; sus gargantas se hincharon para dar paso á un sollozo desgarrador y cayeron uno en brazos de otro, por encima de la cuna del niño, formando como un arco de dolor, sobre su cabecita pálida.

Así estuvieron largo rato, oprimiéndose convulsivamente y ofreciéndose un mútuo regazo para su aflicción. Luego sacaron al niño de la cuna y le colocaron en una cama, mientras cambiaban la ropa de su pequeño lecho que parecía un nido vacío. Después volvieron á trasladarlo á él.

A la cabeza y á los pies, colocaron dos veladorcitos negros con incrustaciones de nacar, y, en cada uno, un jarrón de cristal azul con esmaltes negros, lleno de flores. Del centro de las corolas, brotaba una vela blanca encendida.

Así dispuesto, semejaba el niño muerto una estatua yacente. El rostro, con los ojos entornados, la nariz afilada y los labios ligeramente azulados; el cuello un poco doblado, como el de un pájaro dormido; los brazos desnudos, con las manos enlazadas, como para rezar; las piernas rígidas. Todo lo que era de carne, parecía mármol amarillento, cruzado por las finas vetas azules de las venas; lo demás, era una ola de encajes, de puntillas y de seda, que resplandecía á la luz de las velas.

Los dos padres, *huérfanos* de su hijo, le velaron á ambos lados de la cuna durante muchas horas, sin pensar en nada, con los ojos enrojecidos fijos en él. Al fin, el padre se retiró á dormir un rato vestido. Estaba extenuado: durante la enfermedad del niño ni había comido ni cerrado los ojos.

La madre quedó sola junto al cadáver. Ella no sentía cansancio, ni debilidad, ni dolor. Cuando su hijo cesó de vivir y el médico dijo: «ha muerto,» sintió como si le arrancaran de cuajo el corazón. Entonces experimentó angustias inexplicables: después nada.



Ahora no sufría; al menos, el exceso de su dolor le daba cierta insensibilidad, que ella confundía con el embotamiento. Lo que no se embotaba en ella, era la idea de protesta, de una protesta desesperada contra Dios que roba los hijos á las madres. En aquel momento le aborrecía. Si pudiera, lo hubiera alanceado como Longinos.

A ratos, sus ideas se oscurecían, se fundían como el metal en el horno; pero luego renacían, tornaban á adquirir forma y su mente volvía á formular la idea de protesta.

Lo que le hacía sentir más la muerte del niño rubio, era que no tenía otro. Había sido aquél el primer fruto de su matrimonio. Antes de nacer, soñó con él muchas veces. Al darlo á luz, tuvo la mayor alegría de su vida.

Durante cinco meses, fué una serie de sensaciones deliciosas lo que experimentó; una felicidad expansiva, charladora, preñada de risas, de besos resonantes. Después vino la enfermedad, el *crup* infame que ciñó á su hijo un dogal al cuello, hasta ahogarlo.

Toda esta felicidad se la había arrebatado Dios. ¡Dios!, pensaba; y su boca se con-

traía con un conato de sonrisa amarga, irónica hasta el sarcasmo y blasfema hasta la desesperación.

De tiempo en tiempo, llegaba á ella la voz del sereno que cantaba la hora. Era el único ruido que turbaba el silencio en torno suyo. Una ráfaga de viento, quizá un suspiro que se escapó de su pecho, hizo caer una gota de cera sobre la faz del cadáver. La madre, que no apartaba de él los ojos, acudió solícita á quitársela.

Acercó su rostro al de su hijo, abarcándolo con una mirada profunda, desesperada. Fué á darle un beso, pero vaciló: sabía que besar rostros sin vida produce un frío que penetra hasta los tuétanos. A pesar de esto, acercó sus labios á los del niño, uniéndolos estrechamente.

Al levantar la cabeza, el dolor algún tanto amortiguado en ella, volvió á revivir con más fuerza. Entonces le asaltó la idea de meterse en el féretro que había de guardar á su hijo, y abrazada á él, para infiltrarle calor, ser enterrada al día siguiente.

Se aferró á esta quimera con tenacidad insensata y, para saborear mejor la volup-

tuosidad suprema del dolor, entornó los ojos. Al poco rato quedó como adormecida.

Le despertó de su modorra un ruido perceptible que sonaba muy cerca de ella: chasquido de dientes y mover de mandíbulas de alguien que comiera en la habitación.

Abrió los ojos, y se quedó en la silla, donde estaba sentada, rígida, sin voz en la garganta, sin poder moverse. Tal era el horror que se había apoderado de ella, viendo al gato, un gato atigrado, meloso y lucio, devorando el rostro del niño muerto.

Mientras la madre soñaba morir con su hijo, el gato le había comido parte de la nariz. Estaba echado sobre el pecho de aquél, como un tigre: con las patas delanteras le sujetaba la cabeza, y tranquilo, sin intimidarle la presencia de su dueña á un paso de él, saboreaba su presa con la fruición del más refinado gastrónomo. Le relucían los ojos de satisfacción.

Durante la enfermedad del niño ninguno pensó en comer en la casa, ni se acordaron del gato: el animal estaba hambriento y esto le impulsó á saciar su apetito en el cadáver. El olor á carne muerta le había atraído.

La madre, con los ojos más brillantes aún que los del gato, se levantó de su asiento. Se movía sin hacer ruido, con la respiración cortada, ágil como un reptil. Dió un rodeo para colocarse á los pies de la cuna y extendió las manos, por detrás del animal, con precaución infinita para no chocar contra ningún obstáculo. Cuando las tuvo encima del felino, con un movimiento rápido, las ciñó como un dogal en torno de su cuello.

El gato, al sentirse interrumpido de tan brusca manera en su festín, se hizo una pelota y clavó las uñas en las manos que le sujetaban. Brotaron varios hilos de sangre, pero la madre ni los sintió siquiera.

Permaneció un instante con el animal suspendido del cuello, reflexionando el suplicio que le impondría. Jamás miró á ratón alguno aquel gato, como su dueña le miraba á él.

Salió de la habitación sin soltar al prisionero. El animal, medio ahogado por aquellas dos tenazas de carne que le oprimían, respiraba con angustia y desgarraba las manos de su carcelera. Esta atravesó varias habitaciones sin detenerse: sus ojos y los

del gato parecían cuatro chispas de fuego.

Llegó al *excusado*, alzó la tapa con los dientes y metiendo por el conducto su presa cuan adentro pudo, lo dejó caer, después de hundirle por última vez las uñas en el cuello.

El animal cayó por el interior del tubo, haciendo un ruido especial al arañar las paredes con las uñas.

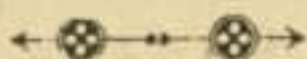
La madre respiró con satisfacción y poniendo de nuevo la tapa, volvióse, con el aspecto de una Medea implacable, á velar á su hijo.

Seis dias estuvo mayando el gato en el albañal. Dia y noche subía por el tubo de hierro un maullido quejumbroso, desgarrador, que imploraba clemencia. El padre del niño profanado por él, quiso sacarlo de allí ó á lo menos matarlo de un tiro: su esposa se opuso.

Finalmente, el dia séptimo, á la misma hora en que había cometido el crimen, terminó la venganza de la madre, cuando se extinguió el último maullido del gato, como la nota aguda de un violín.



## MI PRIMER AMOR



No recuerdo la causa, porque de esto hace ya mucho tiempo y soy bastante desmemoriado; pero es el caso, que yo viajaba con mi padre en ferrocarril por el norte de España.

Tenía yo entonces doce años y este era mi primer viaje en tren, al menos es el que hace nacer en mí reminiscencias más antiguas.

El sitio en que acaeció el suceso, tampoco lo sé con certeza: de todo el drama, sólo recuerdo el rostro de la heroína: lo demás se me aparece como el fondo lejano de un paisaje brumoso.

Todo no; aun recuerdo el ansia con que, no bien subí al vagón y el tren se puso en marcha, me apoderé de una ventanilla y comencé á devorar con la vista el paisaje que se extendía ante mis ojos.

Era un día de Otoño, de sol frío y cielo azul pálido. Soplaban un viento helado que hacía llorar los ojos y producía en la piel la impresión del filo de un vidrio cortante. Así es que todas las ventanillas estaban cerradas y yo era el único que exponía el rostro á los ateridos besos del cierzo.

¡Yo sólo! con los ojos muy abiertos, dilatadas las narices, y los labios secos por aspirar las heladas ráfagas; con la respiración entrecortada y la sensación de una carrera loca en un caballo desbocado, absorbiendo el inmenso paisaje, que se desvanecía, apenas vislumbrado, detrás del último vagón, entre los penachos de humo de la máquina.

El ruido pertinaz, acompasado, ensordecedor de las ruedas y del hierro contra el hierro, era para mí como una música deliciosa; llevaba el compás con los pies, sin darme cuenta de ello, y crispaba las manos sobre el borde de la portezuela, sintiendo

impulsos de abrirla y lanzarme al aire, á volar tras un pájaro, á posarme en la copa de un árbol ó á reclinarme en la ladera de un monte cubierto de viñas.

Este deseo de volar, de lanzarme del tren, de ir á enterrar mi vida en una casa blanca solitaria, que á veces se percibe á la salida de un tunel, como un rosal blanco sobre los campos verdes, no es sólo de entonces; lo experimento siempre que viajo en ferrocarril. Es un hartazgo de oxígeno, de aire puro, que me embriaga como el alcohol.

A poco de empezar el viaje, la ventanilla del departamento anterior al mio abrióse y asomó una cabeza pequeña de niña entre las ondas de un cabello rubio sedoso, que, al contacto del viento, se alborotó en rizos, se agitó como el dorado penacho del maíz, y me ocultó por un instante el rostro de su dueña.

La risa me retozó en los labios, al observar el desorden del hermoso cabello rubio, y esto me hizo fijar la atención en la viajera. Desembarazóse ésta de los rizos que le ocultaban el rostro y se puso á contemplar el panorama que se deslizaba como



un lienzo extendido debajo de nosotros.

Entonces pude ver su rostro, un rostro joven como de quince años, comido por dos grandes ojos azules color de cielo, profundos, soñadores; un rostro de perfil de virgen que se fotografió en mi retina con fuerza indeleble.

Al punto olvidé la contemplación del paisaje, por aquella nueva figura que brotaba á mi lado, que casi podía tocar con la mano, y cuyo aliento húmedo, traído por el aire, me bañaba la faz, produciéndome una frescura deliciosa.

Ella al principio no se fijó en mí. Absorbía su atención el cuadro espléndido, el cielo azul, las figuras rígidas de hombres y animales que aparecían en lontananza con la inmovilidad de estatuas de granito. Y saludaba cariñosamente á los labradores que se divisaban cerca, y los miraba con tristeza hasta perderlos de vista, sintiendo, tal vez como yo, un deseo indefinido de pasar algún tiempo entre ellos, participando de su vida campestre.

La impresión que me producía aquel rostro entrevisto, aislado á mis ojos de toda

otra parte corpórea, como esas cabezas de ángeles que trazan los pintores en torno de sus vírgenes, crecía por momentos.

Presa de un deseo, de que acaso entonces no me daba cuenta, avancé el cuerpo cuanto pude por la ventanilla, para ver algo más que el rostro blanco y los ojos azules de la jóven; pero no logré otra cosa que una reconvención de mi padre, porque sacaba tanto la cabeza. No le hice caso.

También á mi vecina le decían algo por el estilo. Entre el ruido del tren percibí dos ó tres veces un nombre, que á pesar de todos mis esfuerzos no pude construir. Era una palabra esdrújula. Quizá Ángela, tal vez Cándida. ¡Quién sabe!

Ella, al escucharlo, hacía un mohín y continuaba mirando. La voz que lo pronunciaba era varonil y sonora. Acaso su padre, su hermano... su marido. ¡Otro problema sin solución!

Fuera lo que fuera, la voz no era obedecida: al contrario, cada vez sacaba más el busto, línea á línea, como temerosa del peligro y á la vez atraída por él. Sin duda, se emborrachaba como yo y perdía la cabeza,

Cuando se cansaba de mirar á lo lejos, apoyaba la barba en las manos y se entretenía dejando caer salivas sobre el estribo; ocupación en la que yo le había precedido, aprovechándola para mirarla con el rabillo del ojo. Después volvía á contemplar el paisaje.

Insensiblemente el viento le curtió la piel y las partículas de carbón, que las ráfagas de humo traían, sombrearon su cara, trocándola en morena, y dibujando en torno de sus ojos profundo líbor.

Cada vez me sentía más atraído hacia ella y eran más frecuentes mis miradas. Dos ó tres veces se encontraron con las suyas é hizo ademán de hablarme; pero se contuvo y volvió á otro lado la cabeza. Después lo sentí, mas en el acto, rojo como la sangre me puse al imaginar tan sólo que pudiera dirigirme la palabra. Después, ya no se cuidó de mí. Le atraían más los montes cubiertos de castaños y manzanos. Algunas veces estaban los árboles tan cerca de la vía que parecían poderse coger alargando la mano y eso es lo que hacía la jóven, con las mejillas coloreadas por el esfuerzo.

Ya no le asustaba sacar casi todo el busto por la ventanilla. Era más valiente que yo. En los túneles, yo me retiraba de prisa dentro del vagón, lleno de un temor indefinible, y lo más que hacía era sacar el brazo; pero si acertaba á caer una gota de agua de la tenebrosa bóveda en mi mano, la ocultaba como si hubiera sentido un picotazo. Ella por el contrario, permanecía impávida cuan afuera podía. Al salir á la luz, parecía su rostro más moreno y en los cabellos la temblaban algunas gotas de agua.

Una vez quise imitarla, permaneciendo en mi puesto; pero á la luz del humo rojo, creí ver avanzar para atraparme unas enormes manos de hierro, que dieron al traste con mi valor. Me retiré con presteza.

A la salida de aquel túnel, la jóven había reclinado la cabeza sobre la portezuela y soñaba quizá, viendo aparecer nuevas perspectivas, sin hacer caso alguno de mí que tenía los ojos fijos en ella.

Así permaneció bastante tiempo. La voz sonora que tantas veces la había reconvenido, volvió á pronunciar la palabra esdrújula que no logré entender; y un instante

después un grito horrible que se destacó entre el ruido del tren en marcha, llenó á todos de sobresalto. Al mismo tiempo la cabeza de la jóven, desapareció de la ventanilla. Como el tren llegaba en aquel momento á una estación, todos los viajeros corrimos al departamento de donde había salido el grito.

Un hombre—no me fijé en su rostro ni en su traje—tenía en sus brazos á la jóven. La cabeza de ésta caía al suelo con la faz pálida, los ojos azules abiertos y los cabellos llenos aún de gotitas de agua.

El hombre que la tenía en sus brazos, la bajó al andén y entró con ella en la estación, tambaleándose y gritando con voz ronca:

—¡Un médico! ¡Un médico!

Por casualidad había uno entre los viajeros: se acercó á la jóven y al tocarla exclamó:

—¡Está ya fría!

Después de reconocerla muy despacio, descubrió en la sien derecha, y oculta por un rizo de pelo, una señal acardenalada.

—Ha muerto de un golpe recibido en la sien,—dijo.



Yo, con la gorra echada sobre los ojos para que no me vieses llorar, sentí al oírlo una desesperación tan grande que me ahogaba. Los viajeros, volviendo á los vagones, decían con lástima:

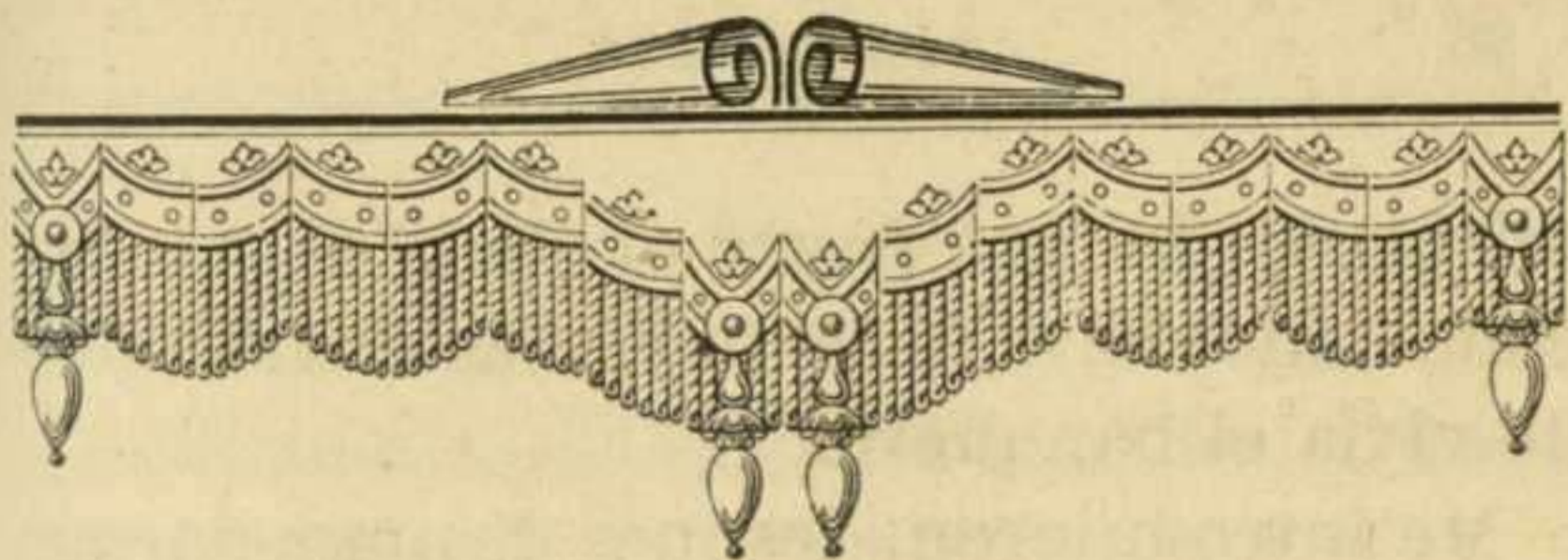
—¡Qué desgracia! ¿Cómo habrá sido?

No sé: quizá un palo de telégrafo caído, alguna piedra desprendida de la bóveda de un túnel, tal vez aquellas manos enormes que creí ver á la entrada del último que habíamos atravesado.....

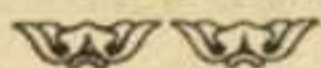
Continuamos el viaje. Nada he vuelto á saber de aquella pobre niña; pero su imagen no se ha borrado nunca de mi mente, y hoy, á pesar del tiempo, sueño á veces con ella y la veo en brazos de aquel hombre, pálida y fría, los grandes ojos abiertos y sus cabellos rubios salpicados de gotitas de agua.

Vitoria 18 Octubre 92.





## EL COMEDOR DE ORO



**A**L dejar la taza de café sobre el trozo de periódico que me servía de platillo, leí el *suelto* anunciando la venta en pública subasta de una magnífica propiedad que poseía á cuatro leguas de Madrid mi protector, el rico banquero D. Matías Arpe.

Esto me trajo á la memoria que había pasado por alto el felicitar las pascuas y la entrada de año á D. Matías; falta imperdonable en un hombre que como yo tanto le debía. Las deudas de gratitud me abruman siempre que me veo en descubierto: aquella

misma tarde fui á pagar el óbolo de mi reconocimiento, al hotel de la Castellana donde vivía el banquero.

Me introdujeron, después de anunciarme, en su despacho; y allí, tras una mesa de escritorio, y en el hueco que formaban dos montes de papeles, que á derecha é izquierda se alzaban, se me presentó la efigie del buen señor, tan conocida mía, con un no sé qué de extraño que no supe explicarme.

Su carita pálida estaba mucho más arrugada que la última vez que la había visto y la piel tenía un tinte lustroso especial, como si se hubiese bañado en una solución metálica.

Los ojos saltones, inquietos y verdosos parecían recubiertos de una sutil capa de oro; y las manos delgadas y huesudas, con que revolvía febrilmente los papeles, y todo él, aquejado de un temblorcillo *sui generis* como si por sus venas circulase, en vez de sangre, mercurio.

Don Matías, apesar de sus riquezas, era muy llano y cariñoso conmigo, sin duda por ser paisanos, y á las pocas palabras me dijo:



—Ya sabrás que he anunciado la venta de *Los Pinos*.

—Sí, señor,—le respondí,—y me extraña que se deshaga de una joya como esa.

—Más te extrañarás,—replicó,—cuando sepas que su importe lo destino... á *comérmelo*.

—¿A comérselo?—repliqué.—¡Pero si le sobran á V. los millones!

—No me has comprendido: te he dicho *comérmelo*, y ahora añado que entiendas la frase al pie de la letra.

—D. Matías, eso no puede ser,—exclamé asombrado y sospechando si estaría loco aquel viejecillo.

—Te parecerá. Sin embargo... si yo te dijera... ¡Pero es mi secreto!

Y se detuvo un instante como si vacilase. Luego prosiguió:

—En fin; á tí te lo diré, porque eres un buen chico que á nadie has de contarle. Quiero decir, que te recomiendo reserva, mucha reserva; si se divulgase, me tendrían por loco ó criminal, y ya ves que tendría poca gracia. Vale más que realice mi grande obra á escondidas.

Cada vez más extrañado de sus palabras, le prometí discreción absoluta, y él continuó:

—Tú que eres instruido y aficionado á leer lo que viene de *afuera*, habrás oído hablar de la teoría vegetariana que patrocinan algunos pensadores. Ya sabes que los tales proscriben el uso de cualquiera clase de carne, por la perniciosa influencia que ejerce este alimento en los individuos, embruteciéndolos, depravándolos, haciéndolos crueles y sanguinarios. Los vegetales, por el contrario, según ellos, hacen á los hombres tan suaves y apacibles como puede desearse. Todo eso será ciertísimo; pero todo eso es nada para lo que yo he descubierto á fuerza de vigiliass y sudores. La dolorosa experiencia de mi vida también me ha ayudado, lo confieso; y sin ella, creo que no hubiera resuelto el problema. Verás: un día en que tenía el corazón sangrando por las penas, echéme á buscar la causa de todas las desdichas pasadas y presentes, el verdadero *pecado original* que á todos nos hace desgraciados. No es seguramente el uso de la carne, como afirman los vegetarianos,

pues muchos que no la comen son tan desgraciados ó más que los que de ella se alimentan. ¿Cuál es, pues? Esta era la cuestión; averiguarla y luego, á ser posible, suprimirla. Todo se arreglaba con esto; y ya podían los hombres comer carne á todas horas, que no habían de dejar por eso de ser dulces y mansos como palomas. El tal descubrimiento, como ves, no era cosa fácil; y sólo á fuerza de requemarme las cejas y de hacerme los sesos agua, he podido conseguirlo.

Al decir esto, me clavó sus ojillos, que parecían despedir rayos del tan maltratado metal, espiando el efecto de sus palabras. Yo me había quedado perplejo ante aquella salida de tono. ¡El oro causa todos los males! Al salir de mi asombro aún tuve fuerzas para replicarle:

—¡Pero por Dios, D. Matías!....

—Qué ¿no creés lo que digo? No creés que la causa final y absoluta de todas las infelicitades es el oro? Pues oye y te convencerás: No te enumeraré más que alguno de los infinitos males que causa, porque para decirte los todos sería preciso ser Dios. Desde luego, no me negarás que por la posesión

del oro, se rinde la virtud, se cometen los crímenes, se pierde el alma, se destruye el cuerpo y el hombre hace de su vida un infierno anticipado. Que por saciar la sed de oro, se suscitan las guerras, se relaja la familia, se matan los hombres, se sufren tormentos del hambre; y en fin, que si muchos gustan de madrugar para ver la salida del sol, es por que antes de mostrarse á sus miradas, cubre el horizonte de un hermoso manto de oro.

Esta última reflexión me hizo soltar la risa, á pesar mio. D. Matías prosiguió sin apercibirse:

—Esto por lo que toca á la generalidad. En cuanto á mi experiencia propia, yo tenía dos hijos: Ramón y Carmen. Ramón, desde niño, como siempre tenía el bolsillo repleto y no le dolía gastar, se acostumbró á una vida disipada de perpetua orgía canallesca. A los veinte años, no tenía una gota de sangre sana en el cuerpo ni una idea buena en la cabeza... ¡Dios le haya perdonado; y á mí el haber ganado millones! De nacer pobre, hubiera sido un buen ciudadano y honrado padre de familia.

La culpa de que no lo fuera, el oro. Carmen, la única alegría que me restaba, se acostumbró desde niña al fausto y al boato. Primero le agradaron los cuadros, los objetos de arte, los soberbios trenes, las joyas; luego se le hizo una necesidad poseer todas estas cosas. Cuando tenía veintidos años, vino un día Martinejos, ya sabes, el banquero, á pedirme la mano de mi hija. Mejor que desahuciarle yo, me pareció que lo hiciera ella; pero cuando creí que iba á responderle un *no* redondo como su boca, oí que aceptaba su propuesta. Pronto sufrió el castigo, por casarse con un monstruo como aquel, ella tan linda y solicitada. El millonario Martinejos era lujurioso como un mico y brutal como un borracho. En menos de un año, mató á mi pobrecita Carmen á disgustos. ¿Quién tuvo la culpa? El dinero. Si ella no hubiera tenido sed de oro, se hubiera casado con un hombre digno y hubiera llegado á abuela. Niégame ahora, si puedes, que el oro es el primer azote del hombre.

Yo me incliné como asintiendo .. y lamentando á la vez no tener encerrado en mi bolsillo una buena porción de aquel

pillastre que tan malas pasadas nos jugaba. El banquero, satisfecho de mi conformidad, reanudó su discurso.

—Una vez hecho este descubrimiento, todavía faltaba lo mejor: buscar el medio de destruir el malhadado metal, de anularlo, de hacerlo desaparecer, para librar al mundo de su perniciosa influencia. Esto me costó mucho.—Si yo lo entierro—reflexionaba,—no hago más que acumular en una mina la pólvora que hoy está esparcida, para que el destrozo que produzca sea mayor. Si lo echo al mar, algún día quedará en seco: esto es solo aplazar el conflicto, y lo que yo quiero es suprimirlo para siempre. Después de muchas cavilaciones, la única solución aceptable fué la de *comérmelo*, la de transformarlo en el crisol animado de mi cuerpo en una sustancia inofensiva y hasta, si se quiere, benéfica para los fines ulteriores de la vida. ¿Cómo lograr este resultado? Tercer quebradero de cabeza. Cleopatra comía las perlas disueltas en vinagre: bueno, esto nada tiene de particular. Transformar el oro y la plata en una sustancia comestible, apta para asimilarse

sin peligro al organismo humano, es mucho más difícil. Al principio me pareció á mí mismo imposible. Cuando ya desesperaba de mi grande obra, la química vino en mi ayuda. Aprendíme dos ó tres autores, hice construir un laboratorio y me encerré en él con un buen surtido de todas las sustancias químicas inventadas y un talego de onzas de oro que saqué de mi caja. No quiero aburrirte con el relato de todos mis ensayos y de los fracasos que sufrí hasta lograr mi empeño... El hecho es que resolví el problema, inventando un compuesto—y al decir esto sacó del cajón un frasco lleno de un líquido incoloro, y me lo enseñó triunfalmente,—que añadido en corta dosis al oro y á la plata, los reblandece, los cuece, los convierte en materia comestible que nutre y conserva el organismo. Año y medio hace que descubrí esta maravilla y desde entonces no cómo otra cosa que oro: oro á pasto en todas las comidas, sin probar apenas otra clase de alimentos, y eso por no dar que decir á los criados. Mira: poco antes de venir tú, he almorzado en esta copa más de cincuenta *centines*.

Y diciendo así, extrajo de entre los papeles una copa de cristal finísimo. Adheridas á sus paredes, creí ver algunas partículas de oro que daban al cristal un ligero vislumbre dorado. Como el banquero me viese perplejo, añadió:

—Veo que te asombras y se te hace duro creer lo que te digo. Créelo, que ningún interés tengo en engañarte. Otra prueba: ¿recuerdas que estuve enfermo hace año y medio? Los médicos dijeron que era una *meningitis*: lo que tenía era una indigestión de oro. Desde entonces soy más parco, aunque es cosa exquisita que sabe á trufas, porque las *auringitis* son peligrosas. A estas fechas, ya he devorado la mayor parte de los millones que tenía. Hoy me dedico á vender cuanto poseo para continuar mi obra destructora y regeneradora á la vez: casi todas mis propiedades y mi galería de pinturas, una preciosidad, están ya digeridas; hoy le toca á *Los Pinos*, después á este palacio; el caso es destruir todo el oro que se pueda.

Hablaba tan convencido que no se podía replicarle. Sólo me ocurrió decir:



—¿Sigue V. jugando á la Bolsa?

—¡Vaya! Y con una suerte que pasma: todavía no se me ha desgraciado una operación, á pesar de lanzarme á las más arriesgadas.

Al poco rato me despedí, y don Matías me dijo que le visitase á menudo, pues antes de morir quería revelarme su secreto para que no se perdiera, y pudiese otro continuar su obra. Al salir de aquella casa, tenía una olla de grillos en la cabeza: tal me habían puesto las palabras del banquero.

En los dias siguientes, adquirí algunas noticias acerca de él, que parecían confirmar sus palabras. Era cierta la venta de todas sus propiedades, y no menos cierto su maravilloso éxito en la Bolsa; pero todos creían que si reducía á metálico su fortuna, era para retirarse de los negocios, cansado de atesorar riquezas, y no por otra causa.

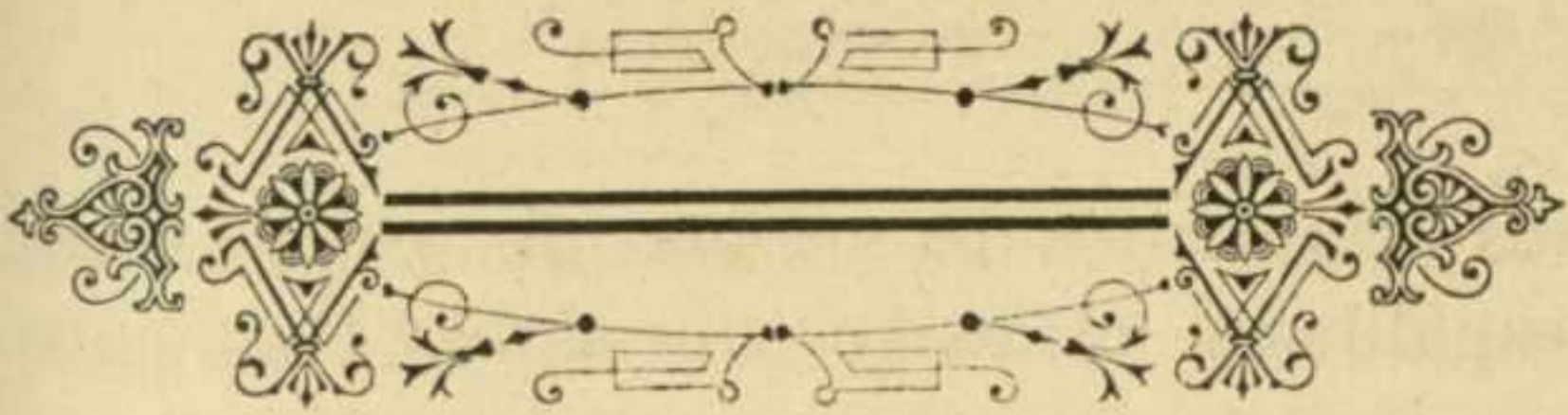
Al año siguiente murió el buen don Matías, y abierto su testamento, se vió que su enorme fortuna se había evaporado, pues no dejaba otra cosa que un puñado de duros para los criados y otro para su entierro. Como no se le conocían vicios ni queridas,

y era proverbial la economía, lindante casi con la avaricia, de sus últimos años, nadie atinaba con la causa de la misteriosa desaparición de sus millones.

Nadie... ni yo, tampoco.

Vitoria 22 Enero 93.





## TODO SE SABE

~ ~ ~

EL albéitar y su mujer tenían costumbre de jugar todas las noches de sobremesa diez ó doce partidas de *tute*.

El marido, hombre de génio irritable en alto grado, aunque bonachón en el fondo como él sólo, sulfurábase á la menor pérdida, juraba como un carretero, con los ojos inyectados en sangre, y rasgaba los naipes si la suerte persistía en serle contraria. Por término medio, rompía al mes treinta barajas.

Esta irascibilidad hacía padecer á la esposa, que hubiera preferido no jugar á tener que acostarse con los oídos sordos por

los juramentos de su marido, espalda con espalda en el lecho conyugal. Pero como aquél deliraba por esta distracción, y ella también tenía puesto su amor propio en no perder, procuraba por cuantos medios podía aumentar el mal humor del veterinario ganándole el mayor número posible de partidas.

Una noche en que el albéitar estaba en el juego desgraciado como nunca, no pudiendo contenerse, á la duodécima partida perdida por él, descargó un tremendo puñetazo sobre la mesa, con tan mala suerte, que, cogiendo debajo la mano extendida de su esposa, rompió por medio el grueso anillo de oro que ésta llevaba en el dedo meñique, recuerdo de su primo, el párroco del pueblo. La consorte del veterinario lanzó un grito de dolor, llevándose á la boca, para chupársela, la parte dolorida.

Él, desvanecido su enfado en un momento, le asió con mucho mimo la mano para inspeccionar el daño.

— ¡Toma, pues si el anillo está hueco!.... Y tiene un papel dentro.... ¡A ver! Quitatelo.

El anillo en efecto no era macizo, y tenía

en su interior un papel de seda muy bien arrollado en forma de cigarrillo. Desdoblado cuidadosamente, apareció cubierto de una letra manuscrita tan pequeña que era casi imposible leerla á simple vista.

Picada la curiosidad del albéitar, fué á buscar la lente que usaba para reconocer los ojos enfermos de los ganados y con su auxilio pudo leer el contenido del papel de seda, menor que un papelillo de fumar.

Decía así:

«Prima mia: te amo, te adoro. Daría la eternidad de mi alma por que tu amor correspondiese á mi cariño; pero esto es ya imposible. En diez años de una pasión callada, tímida, pudorosa hasta el exceso, yo no me he atrevido á hablar, tú nada has advertido ó nada has querido advertir.... y hoy te casas con Pedro, quitándome toda esperanza.... Toda, sí; porque aunque pudiera, ya no me casaría contigo. Mi amor hacia tí es tan entero, tan uno, que no podría soportar ni la infelicidad de un recuerdo.

He trazado mi plan: puesto que no puedo ser tuyo, no seré de nadie. La puerta de mi

corazón no volverá á abrirse á otro amor que al de Dios. Me haré sacerdote, volveré á este pueblo y seré el confidente de todos tus secretos. Te perdonaré tus pecados, te guiaré por la senda de la virtud y rogaré por tí mientras viva. Pero antes de consumir mi sacrificio, quiero que lo sepas.... No; que lo sepas, ¡nunca! Si un dia lo supieras, me mataría la vergüenza.

He mandado construir para tí un anillo de oro hueco: será mi regalo de boda. En él introduciré esta confesión escrita de mi amor oculto, y la abertura la soldarán delante de mí. Así, tú no sabrás nada. Cuando te roce el dedo, te dirás á tí misma: «Se me va haciendo pequeño.» No lo creas; es que te estará haciendo muy bajito la declaración que yo no he sabido hacerte.

¡Adiós, prima mia, mi único amor!

Papel frágil, condenado á no ser leído nunca, nuestros destinos son iguales: tú tendrás una cárcel de oro, yo una de piedra en la iglesia. *Eugenio.*»

Al terminar la lectura, marido y mujer quedaron silenciosos. Sobre todo, ella es-

taba aturdida. Ahora se explicaba las atenciones de su primo mientras estuvo recogida en su casa; su cortedad huraña, su turbación, aquel estarse las horas muertas mirándola hacer media, el temblor de su voz al hablarla, el estremecimiento de sus nervios cuando la tocaba. Ya estaba también puesta en claro su decisión de hacerse cura, revelada el día siguiente de la boda de su prima, que tanto había hecho sufrir á su padre. Inútilmente se opuso, diciéndole que no tenía vocación; se limitó á responder con una dulce sonrisa. Ella misma había intervenido para disuadirle, sin sospechar que era la causa... Y se ruborizaba al recuerdo de las confesiones hechas sobre los pliegues más escondidos de su corazón. ¡Si ella hubiera sabido!

El albéitar, por su parte, leía y releía el papel, con leve fruncimiento de cejas. Realmente no comprendía aquello, sino como una chochez, como un capricho extravagante. Tentaciones le daban de burlarse de aquel pobre *mosen*, pero se contenía por un resto de respeto.

Después de esta escena, transcurrieron va-

rios días sin que el cura pareciese por casa del albéitar, cosa que no había sucedido hasta entonces. Por fin, una noche, cuando acababa el veterinario de romper la decimoséptima baraja del mes, presentóse el primo de su esposa.

Era éste un jóven de unos treinta años, delgado, pálido y de dulce fisonomía.

La conversación, sobre cosas indiferentes al principio, vino á parar por último al terreno favorito del albéitar, al terreno religioso. El era volteriano—así lo decía,—aunque no conocía á Voltaire más que de oídas por *El Motín*. Aborrecía ferozmente á los curas y no perdonaba medio de manifestarles su antipatía.

Aquella noche, como de costumbre, sin pretexto alguno comenzó á fustigarlos. Eugenio los defendía sin acalorarse, con indulgencia compasiva llena de bondad.

—Te digo—exclamó el albéitar,—que los tales curitas son unos maulas que toman los hábitos por asegurarse el pan de cada día... para toda la vida. Todos, pero todos, son iguales.



—Todos no, todos no—murmuró sonriéndose Eugenio.

—Dicen que tienen vocación. Lo que tienen es holgazanería y gana de comer la sopa boba. ¡Vocación! No la tiene ninguno... Tú, el primero.

Y el albéitar, de inteligencia poco más aguzada que la de los mulos y asnos que herraba todos los días, añadió:

—¡Si sabremos aquí de qué pie cojea cada uno! ¿Quieres que te diga por qué te has hecho coronilla y te has vestido por la cabeza?

Eugenio no respondió, y su interlocutor, rabiando por romper el secreto del anillo, prosiguió burlonamente:

—Pues, porque estabas enamorado de tu prima y yo me casé con ella.

Y sacando el papel acusador de la sortija, se lo enseñaba metiéndoselo por los ojos.

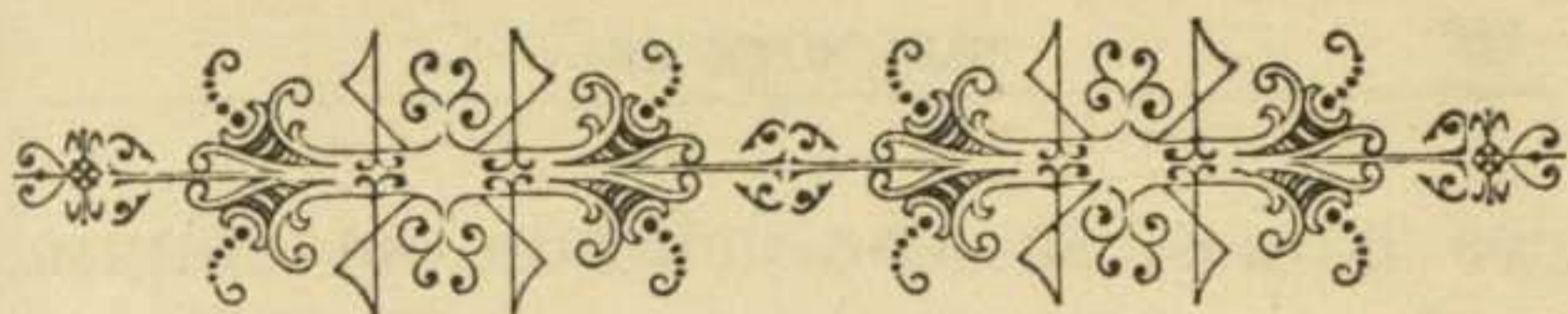
Eugenio, el pobre cura víctima de la indiscreta joya, púsose encendido como la grana, sintió que la raíz del pelo se le humedecía de un sudor frío y bajó la cabeza convicto y confeso.

Fué la última vez que estuvo junto á la

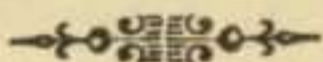
mujer que amaba. Ya no volvió más á casa del albéitar.

San Sebastian 25 Agosto 92.





# Germana



Oh! no, no tenía por qué vanagloriarse de su suerte el teniente de marina, Luis Jovero.

Apenas hacía quince días que se había casado con una hermosa jóven, llamada Germana; y cuando comenzaba á establecerse entre ellos esa intimidad dulce y tierna que hace tan deliciosa la luna de miel, una órden del ministro le obligó á embarcarse de nuevo.

El recién casado exhaló un suspiro doloroso, abarcó en una última mirada la figura de Germana para llevársela más grabada en el corazón:—su cabeza rubia, sus

ojos garzos, su seno delicado, su cintura esbelta, sus pies diminutos...—y partió.

Partió para embarcarse en una de esas escuelas flotantes que pasean á los jóvenes marinos por todos los mares del mundo.

El viaje fué muy largo; duró dos años.

Durante ellos, el marino escribió á su esposa sin interrupción, desde todos los puertos de escala.

Sus cartas todas eran amorosísimas, vibrantes de cariño, escritas con ese abandono y esa incoherencia, que atestiguan la veracidad del afecto. Y durante los primeros meses, velada, pudorosa, á través de dulces reticencias, se leía en todas ellas la misma pregunta: «¿qué tal estaba de salud su mujercita? ¿palidecía? ¿sufría vahídos? ¿tenía antojos?»

Las respuestas de Germana eran, por su parte, dignas de las de Luis: ingenuas, apasionadas, ardientes; pero de lo que tanto interesaba al marino, ni una palabra. ¡La más elocuente de las negativas!

El teniente, al recibirlas, se ponía triste; mas luego se consolaba fácilmente.

—Sólo en las novelas—pensaba,—surgen

los hijos tan pronto. En la vida real, se necesita más tiempo.

Y al concluir el año, convencido de la imposibilidad de realizar su esperanza *por entonces*, dióla al olvido; y dedicó sus cartas enteras á la mujer ausente, enviándola, en cada una de ellas, una fibra de su corazón enamorado.

También las cartas de Germana acusaban un aumento de cariño, que llenaba de alegría al jóven. Rebosaban impaciencia, deseo reprimido. «¿Duraría mucho el viaje? ¿cuándo volvería? ¿vivirían así eternamente? ¿le avisaría con tiempo su llegada? ¡Qué desgraciada era!» Y en todas, lo mismo.

Por una especie de delicadeza instintiva, por el deseo de duplicar el goce de la llegada con el placer de la sorpresa, Luis nunca respondía afirmativamente, y dejaba á Germana en la incertidumbre sobre la duración indefinida de su viaje.

«No sabía; aquello llevaba traza de no concluir nunca; él también lo sentía en el alma y languidecía de pena por estar separado de su esposa.»

Esto escribía al finar el segundo año de

su partida, y al escribirlo, sonriéndose, mentía: hartó sabía él, que antes de un mes terminaría el viaje.

En efecto, á los veinte dias, el buque fondeó en Cartagena, y Luis, concedida que le fué la licencia pedida, cruzó España tembloroso de impaciencia, sin ver ni oír nada, y no paró hasta dar consigo en una linda *villa*, que poseía á orillas del Cantábrico, y en la que pasaba los veranos Germana.

Entró sin anunciarse, y la encontró en una ancha galería que daba al mar, con la vista fija en la sábana azul que ante sus ojos se extendía como un manto de vírgen.

Luis, al verla contemplar la llanura inmensa que durante dos años había sido su morada, pensó, trémulo de placer:

—¡Cuánto me ama!

Y fué á estrecharla entre sus brazos, dándole un largo beso en el cuello.

Entonces, comenzó para ellos una segunda luna de miel más afectuosa, más íntima que la primera, por lo mismo que estaba exenta de ciertos reparos y vergüenzas inevitables que aquella lleva consigo.

Sólos en pintoresca *villa*, con el mar an-

te sus ojos, y á su espalda las verdes montañas cuajadas de manzanos y maizales, el tiempo se deslizaba para ellos en una sucesión no interrumpida de momentos felices.

La mayor parte del tiempo, lo pasaban en la ancha galería, donde el marino había encontrado á su esposa, hablando de los dias pasados y de los proyectos futuros.

Durante la ausencia del marino, la hermosura de Germana se había transformado, aumentándose. Sus ojos conservaban la mirada tranquila y apasionada de siempre; pero poseían ahora una profundidad tal, que á veces Luis creía ver en ellos flotar el barco que, por tanto tiempo, los había separado.

Una tarde, á los pocos dias de su llegada, se hallaban, como de costumbre, en la galería: Germana tendida en una *chaise-longue*, y Luis sentado en el borde derecho de la misma, frente á su esposa, acariciando entre sus manos las de la jóven.

Hablaban... mejor dicho; hablaba el marino, de sus esperanzas, del lazo que había de concluir de soldar sus almas.

«Antes no había venido, pero ahora ven-

dría ¡vaya si vendría! Ambos eran jóvenes y fuertes: se amaban... el milagro sería que no viniese. Ya no haría nunca viajes tan largos como el pasado; los que hiciera en adelante serían más breves y podrían verse con pequeños intervalos. Por de pronto, tenía un año de licencia, y en un año..... vendría.»

Germana le escuchaba sonriente, posando en él su mirada profunda y tranquila y aprobando con la cabeza las palabras del joven.

Éste continuaba divagando, y, de tiempo en tiempo, callaba escuchando el acompasado ruido de las olas, que, al dar contra la arena de la playa, murmuraban á su oído con sus lenguas de espuma: «vendrá, vendrá.»

Luego proseguía; y en aquella especie de fiebre paternal, le veía nacer, abrir los ojos, balbucir las primeras palabras...

«Sería precioso: un niño rubio, panzudito, de carnes suaves y blancas como la leche. Su madre lo tendría siempre en sus brazos y le daría de mamar así, así.....»

Y mientras de este modo hablaba con



voz incoherente, reclinaba su cabeza en el brazo izquierdo de Germana, é imitando los ademanes temblorosos y atropellados del niño hambriento, soltaba los botones de la bata de seda de su esposa; apartaba con las dos manos la fina camisa, y aparecía desnudo, blanco y apretado como el de una vírgen, el seno de la jóven; introducía el pezón en la boca y chupaba, chupaba con la gracia pueril y glotona de un verdadero infante.

Germana le dejaba hacer sonriéndole tranquilamente, y dándole con las manos golpecitos en la mejilla.

Así transcurrieron algunos segundos. Al cabo de ellos, Luis hizo un movimiento brusco, se puso en pié y escupió al suelo con desagrado, á la vez que su rostro se ponía densamente pálido. «¡Había sentido un dulzor tan extraño!»

Creyendo terminada la inocente broma del jóven, Germana, se apresuró á ocultar el seno y á abrocharse la bata.

Luis se lo impidió con presteza, asió entre sus manos el pecho de su esposa y apretó fuertemente.



Unas cuantas gotitas diminutas y blancas aparecieron en los poros del rubio pezón, como un polvillo blanco.

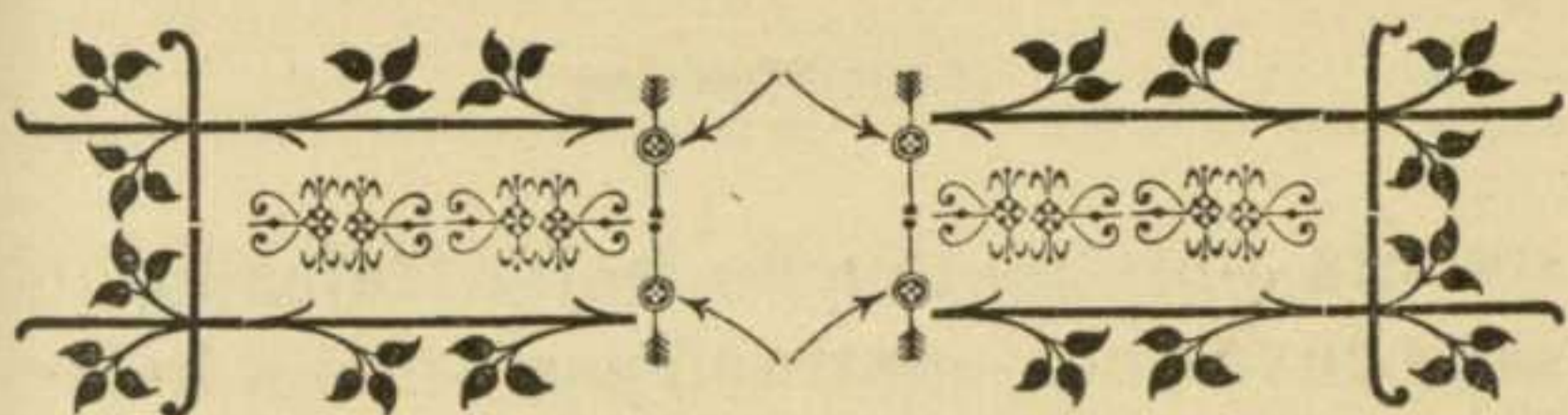
El marino se echó hacia atrás con el rostro desencajado y apretándose la cabeza entre las manos. Esto duró un instante. Luego su vista se fijó en una mesita, que cerca de él había, cubierta de armas de los diferentes países que había él recorrido, y asiendo un extraño puñal malayo, de punta fina como una aguja, lo clavó de un golpe hasta el pomo en el seno de Germana.

Ésta no se había fijado en nada; continuaba tranquila; no vió más que un relámpago de acero ante sus ojos.

Y un instante despues, Luis la contemplaba tendida ante él en su *chaise-longue*, la sonrisa en los labios y la faz sonrosada aún; mientras las gotitas de leche temblaban en el extremo del rubio pezón, con el último estremecimiento vital del hermoso cuerpo de Germana.

30 Marzo 94.





## ...Y el rascar...



**A**L ponerse el sol, se oyeron á lo lejos, como un trueno sordo y creciente, los pasos de la dula que volvía desde el fin de la dehesa, donde había estado pastando todo el día.

Al oírlo, el grupo de muchachos y mozas que estaba charlando en la puerta del corral, punto obligado de tertulia de los jóvenes de Nogreda cuando iban en busca de sus respectivas caballerías, se apartaron, dejándolas libre el paso.

Sólo el alcalde, un hombrecillo como de

sesenta años, no mucho mejor trajeado que sus convecinos, continuó paseando á lo largo de las tapias del corral, con la cabezada de su macho al hombro.

El ruido de la dula se oía cada vez más cercano, y un instante después, en uno de los repliegues del terreno, apareció un tropel confuso de caballos, asnos, machos y mulos.

Excitados por los gritos del pastor y de unos cuantos muchachos que le acompañaban, se precipitaron en desenfrenada carrera hacia el corral, apelotonándose y estrujándose al pasar por la puerta, y produciendo bajo los herrados cascos, en las piedras del quicio, un enjambre de chispas.

Detrás de ellos, se lanzaron mozas y muchachos, repartiendo ramalazos á diestro y siniestro. El último de todos, iba á entrar el pastor, cuando el alcalde, que no se había unido á aquella *gentuza*, le llamó por su nombre:

—Eh, tú, Chomo, hazte pa acá, que tengo que hablarte.

El así llamado se dirigió, á paso lento, hacia donde estaba el alcalde.

Chomo el pastor, era un hombrachón, soltero forzado, como de cincuenta inviernos, de piernas y brazos desmesuradamente largos. El rasgo distintivo de su figura, era una cabeza chafada, mal puesta sobre sus hombros, con una cara estúpida, salpicada de manchas rojas, y un matorral de cabellos rojizos, erizados como los de un lobo, mezclados con pajas y apenas cubiertos por una montera de piel.

Cuando estuvo el gigante junto al alcalde, hizo un conato de saludo con la mano y la montera y, golpeándose los pies con la *porra* de su palo, balbució á trompicones:

—Conque..... pues....., úste dirá señó alcalde.

Su interlocutor le miró de abajo arriba con un gesto de lástima que expresaba, á no dudarlo, la poca consideración que á la primera autoridad de Nogreda le inspiraba el Dios que tales hombres creaba. Después de esta muda reflexión, y mientras ataba el ramal de la cabezada, que se le había soltado, entró en materia.

—A ello voy, Chomo, y con tiento, que la cosa es séria. Estás? Ante todo, vas á res-

ponder derechamente y en un santimén á lo que te pregunte.

—Vaya V. diciendo.

—¿Estás seguro de que eres tú hijo de Rufa Tapia, por mote, la tia Pacorra, y de Mateo Carmaña, por mal nombre, el Colín?

—Lo mismo que usté lo reza; pero á cuenta qué?..

—¡Carraspio!—murmuró el alcalde,—demasiado lo sabía yo. La suerte no se ajunta sino á los animales.

Y luego, en voz alta:

—A cuenta de lo que sabrás *pe á pa*..... cuando llegue la ocasión. Por de pronto, te acuerdas de aquel estudiante, de aquel célebre *Cajon-sin-pan* que desapareció del pueblo hace treinta años?

Chomo encrespó las cejas como recordando y por fin añadió:

—No, señó; no me acuerdo.

—No eres como yo ¡carraspio! que tengo presente la primer camisa que me pusieron. Pues bueno, ese sujeto vivía en el pueblo trampeando y sufriendo hambres. Era amigo del enfeliz de tu padre, y con las mieles de sus palabras consiguió sorbele el se-

so. Tu padre tenía ahorrado unos dinerillos, cosa de cinco onzas... ¿Tampoco sabes eso?

—No señó, ahora me desayuno.

—¡Carraspio, con la cholla del mozo! Pues, como te digo, tu padre tenía unas cinco onzas, y el estudiante, que sentía crecer la yerba, debióselas oler y entrar en ganas de apropiárselas. El caso es que propuso á tu padre emplearle su dinero á rédito, prometiéndole Indias y Perúes, y el pobre Colín, que era un bendito de Dios, cayó en el lazo y le aflojó la bolsa al estudiante. ¿Comprendes?

Chomo dijo que sí con la cabeza.

—Dueño del dinero, el estudiante dió con él en Cuba y dejó á tu padre desplumado como un pájaro frito.

—¡Rediós, que hombre aquél! ¡Miusté si era listo!

—Verdá es esa que naide pue negarla..... Pero, sigo con el cuento. El lagarto del estudiante, una vez en Cuba, y después de haber pasao miles de apuros, consiguió hacerse con un capitalazo como ño hay por aquí. ¿Comprendes?

—Palabra por palabra; pero ¿qué pito toco yo en too ello?

—Pacencia, Chomo. El pito que tocas, es que el estudiante se ha muerto en la Habana hace dos meses...

—¡Pobre señó! ¡Y miusté tan rico!

—¡Vaya! Y te ha dejao en su testamento medio millón de reales.

—¡Quiá!

—Ó, si lo entiendes así mejor, veinticinco mil duros.

Chomo se sonrió abriendo una boca, que semejaba una negrísima cueva con la entrada erizada de peñascos, pues no otra cosa parecían sus dientes negruzcos y desiguales; y después de una pausa, exclamó entre incrédulo é impaciente:

—¿Va á decir verdá, señó alcalde?

—Limpia tengo la boca de mentira, Chomo, y cierto es cuanto te digo. Esta mañana se han recebido los papeles que lo declaran. Vente por mi casa cuando quieras y los verás con tus ojos.

Estas palabras disiparon la desconfianza del pastor, á quien ya no quedó duda alguna de su buena suerte. El asombro se pintó



en su semblante, que el alcalde contemplaba con envidia, y, al cabo de un rato, preguntó con expresión avarienta:

—¡Y diga usted, diga usted, ello es cosa grande?

—¿No te lo he dicho ya?—exclamó el otro. —Con ese dinero, hay lo suficiente pá enterrate en oro y pá que seas el más rico de Nogreda.

Y viendo que Chomo, sin tener más que decir, se rascaba furiosamente la cabeza, como aquejado de inextinguible picazón; y de que la noche se echaba encima, le dió un par de golpes en la espalda, diciéndole:

—Ya lo sabes: esta noche ó mañana, ven á enterate del negocio.

Y desenrollando su ramal, se entró al corral en busca de su macho, no atreviéndose á decir que se lo cogiera, como acostumbraba á hacerlo todos los días, á un hombre que habia heredado veinticinco mil duros, cuando él no poseía ni aun la décima parte siquiera.

Chomo continuó rascándose la cabeza y cuando dejó caer los brazos cansados de aquel ejercicio intempestivo, ya había ce-

rrado la noche. En el corral sólo quedaban media docena de caballerías, á las que sus dueños, dejaban dormir allí, para ahorrarse molestias y cebada. Encerrólas, como de costumbre, en la cuadra contigua; echóles yerba seca en los pesebres, y, cerrando con llave cuadra y corral, se encaminó á su vivienda.

El pueblo le había construído la casa, aprovechando las paredes de una antigua capilla de los Templarios, que se alzaba á espaldas del corral, en otro tiempo hermosísimo palacio de la Orden, y del que sólo quedaban cuatro paredes revestidas á trechos de mármoles y relieves.

Chomo entró en su casa y penetró á tientas hasta la cocina, donde, con ayuda de un eslabón y de un trozo de yesca, encendió una *chamaretada* en el vacío nicho de una imágen que le servía de fogón. Hecho esto, se sentó en un banquillo junto al fuego y, con la cabeza entre las manos, se puso á pensar en aquella fortuna inesperada.

Durante largo rato, no consiguió imaginarse la riqueza que se le venía encima; por fin, merced á un esfuerzo grandísimo, logró

representársela como un montón del tamaño de toda su dula reunida. Pero aquel esfuerzo consumió toda su potencia imaginativa, y como si para realizarse, hubiera necesitado dilatar el cráneo y variar la situación de sus apéndices capilares, sintió una picazón mayúscula que le cogía desde la frente al cogote.

Para librarse de ella, Chomo hundió hasta la carne las anchas uñas orladas de feísimo ribete negro; y comenzó á bregar furiosamente con ellas, por entre el impenetrable bosque de sus cabellos.

A medida que los dedos corrían y saltaban con movimientos rapidísimos de un lado á otro, chocándose, mezclándose, hiriéndose, sin que su dueño lo advirtiera, una sonrisa beatífica se difundía por el rostro de Chomo y una especie de voluptuosidad, por todo su cuerpo, bañándole de una cosa muy suave y muy dulce que no había sentido nunca hasta entonces.

De un sitio muy hondo, que él ignoraba tener, surgió un sonido confuso que, á medida que subía, se aclaraba y se sonorizaba, haciéndose puro, cual si proviniera de in-

finidad de campanillas de cristal, hasta que invadía toda la cabeza, rompiendo en brillante concierto como lo produciría invisible cascada de oro.

Ya había caído—Chomo no sabía donde—prodigiosa cantidad de metal, cuando los dedos agarrotados y los brazos rígidos se dejaron caer sin fuerzas para continuar aquel ejercicio tan pesado.

En el mismo instante de cesar, un zumbido, semejante al que pudiera producir un gordo abejorro dentro de una calabaza hueca, se posesionó del pobre pastor, causándole intenso malestar.

Para librarse de él, pegóse tres ó cuatro puñetazos en las rodillas, soltó dos despezos brutales y volvió valientemente á la carga.

Entonces, á la *visión auditiva*, siguió la *óptica*: la cascada de oro se hizo visible. Se le aparecía á Chomo como un torrente casi luminoso, brillante y rubio cual las puntas de los pelos de un caballo rojo, cuando están erizados y se miran á través del sol: él, á lo menos, no hallaba otra comparación más exacta. La visión continuó

hasta que los dedos se cansaron de nuevo; entónces el abejorro sobrevino con su zumbido insoportable. Volvió á rascarse, y la visión sonora y visible se renovó con todos sus detalles, hasta desaparecer como una nube en el zumbido del insecto.

A la cuarta vez, nuevo espectáculo le asaltó á la mente: en lugar de la cascada de oro, se le representó, como de bulto, el ideal de la vida, tal como él la entendía: una mesa con abundantes *tajadas*, y un vino bocón que dejaba manchado el vaso: y una cama con gordísimos colchones en los que podía hundir su corpazo.

De este modo, el pastor gozaba por adelantado de su herencia; pero cada vez ménos, porque los dedos cansados no recobrabán su vigor, sino para cortos instantes, y entónces sobrevenía el maldito run-run que le llenaba la cabeza.

Un rato larguísimo iba ya transcurrido y el gigante, cuando no podía rascarse, se apretaba la cabeza entre las manos como un desesperado. La puerta de la casa se abrió con el rechinamiento de una ferretería y

una voz cascada, que olía á boca sin dientes, gritó desde abajo:

—¿Se te pué ver, Chomo?

El pastor alzó la cabeza con desaliento, y voceó con voz ronca:

—Ni que decirlo tiene. Sube, Valeria.

Ésta era una vieja mendiga, madre de la criada del alcalde, y que había sabido por ella la herencia del pastor.

—Vengo—dijo al entrar en la cocina,—á darte el parabién por tu fortuna y á alcordarte que te he cosido más de un botón en los pantalones, y más de un siete en la chaqueta por pura amistá, pa que no me olvides en tus prosperidades.

Y esto diciendo con officiosa sonrisa, se sentó en un banquillo junto al pastor.

—¡Pues si vieras de que me sirven en este momento todas esas riquezas!—contestó éste con amargura.

—¡Hombre de Dios! ¿Qué te pasa?—replió con fingido interés la vieja.

—Que tengo un run run, aquí dentro, que paece que me van á rajar la cabeza con una destral.

—Y eso, ¿de qué pué venir?

—De rascáme, Valeria, de rascáme. Cuando el alcalde me dijo lo de la herencia, me entró un hormiguillo por debajo de la piel... Y yo eché las manos á ella y le dí gusto al cuerpo. Mira cómo me he puesto.

Y Chomo enseñó á la vieja sus manos con las uñas ensangrentadas y cubiertas de pelos aplastados.

—¡Válame Dios que salvajeza!—exclamó ésta santiguándose.—Pues te habrás hecho una carnicería.

—No sé—replicó el otro.—Y lo peor es que, cuando me rasco, oigo y veo unas cosas tan... vamos, tan de mi gusto, que me estaría rascando siempre.

Chomo, al concluir de decir esto, se golpeó con furia la cabeza, como si quisiera aplastar al abejorro, y visto que no lo conseguía, encaróse con la vieja y le preguntó colérico:

—¿Quiés ganáte un doblón?

—Pide por esa boca, hijo,—replicó Valeria con avaricia,—que todo lo haré yo por servirte. ¿Qué tengo de hacer?

—Rascáme la cabeza, hasta que yo te diga basta.

—¡Y que tengo mala mano en gracia de Dios! Los mismos ángeles no te las pasarían con más suavidad que yo.

—Nada de eso; fuerte, bien fuerte.

Y Chomo, trayendo su anguarina para cabecera y tumbándose en el único escaño que había, se dispuso á realizar su primer capricho de rico.

—¡Ah! en esa arca, tienes pan y cebolla, si quíes comer: vino no lo cato más que los domingos.

La vieja sentóse junto al banco con un zoquete de pan en el haldar y comenzó la faena, con gran gusto de Chomo, que volvió á sonreír voluptuosamente á sus visiones.

Como la posición de la vieja era más cómoda que la suya, y mientras una mano trabajaba, holgaba la otra, los descansos eran pequeños y de tarde en tarde. Pero, aun así, apenas dejaba el pastor de sentir en la cabeza el contacto de las huesudas manos, rugía soñoliento:

—Rasca, que si nó no hay dobla.

Y Valeria volvía á su tarea, y él á dormir con sus delirios. Veinte veces, la vie-



ja, creyéndole dormido, se levantó para desperezarse ó echar leña al hogar, y otras tantas Chomo le hizo acudir á su lado con su terrorífica amenaza, y diciéndole á guisa de advertencia:

—Y más fuerte; ¿estás? Más fuerte.

Al amanecer, el pastor tenía la cabeza horrorosamente hinchada, y Valeria las manos ensangrentadas y las uñas rotas.

Asustada de ver así al pastor, tuvo miedo y le propuso lavarle la cabeza con agua fría. Pero Chomo, con los ojos abotargados por intensa calentura, voceó su acostumbrada amenaza.

—Rasca, demonio, que si no no hay dobla.

La mendiga encogióse de hombros con desprecio y replicó:

—¡Si te paece que no la he ganao bastante!

—Bueno—contestó él,—te daré otra..... todas las que quieras: pero, rasca, que en cuanto me dejas la cabeza quieta, paece que me muero.

—Conformes—respondió la vieja.—Pongamos, que me darás diez doblas. ¿Estamos?

—Las tendrás, en cuanto que lleguen los cuartos á mis manos.

La mendiga, con esta esperanza, recuperó las fuerzas y volvió á su tarea.

A medio dia, el alcalde, que había estado esperando á Chomo toda la mañana, y que venía á buscar su macho para ir por la tarde á una de sus viñas, entróse en casa del pastor.

Cuando vió la hinchada cabeza de éste y le pasó la mano por la frente, soltó una docena de carraspios y mandó á Valeria á buscar al médico.

Mientras éste venía, el pastor suplicó en vano al alcalde que le rascase; llegó á ofrecerle toda su herencia; pero éste, creyéndole loco, no le hizo caso.

Llegó, por fin, el médico á media tarde y en seguida dispuso lo que había de hacerse.

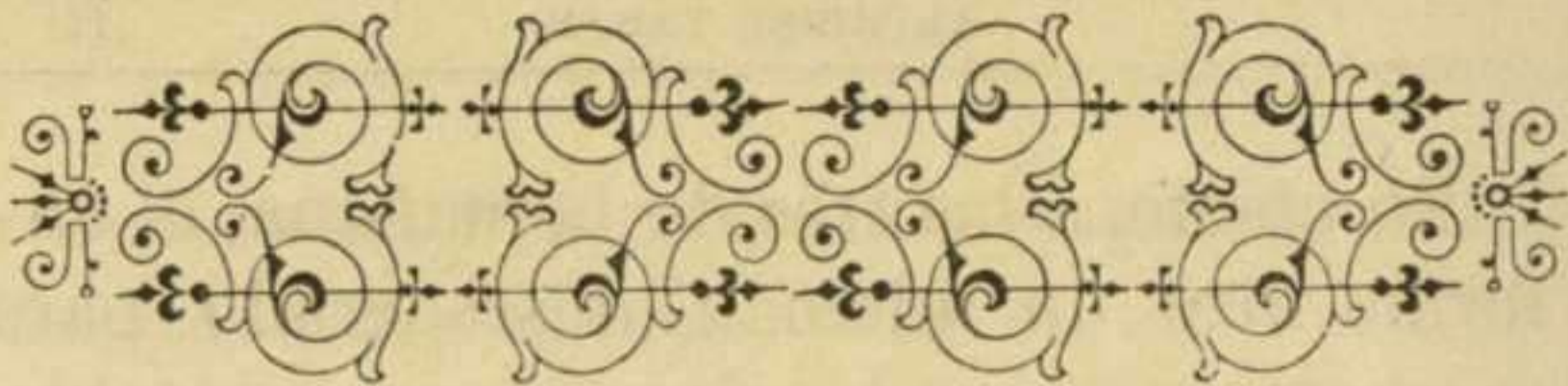
El alcalde, con previsor desprendimiento, cuidó de que nada faltase al futuro rico, contando con desquitarse cuando Chomo recibiese el dinero. Mas su generosidad sufrió un golpe rudísimo aquella misma noche. El médico dijo categóricamente que Chomo no pasaba de aquel dia.

En efecto, á las tres de la mañana, el enfermo hizo un ademán desesperado para rascarse, y se quedó tieso como un roble, entre el desconsuelo de sus dos acreedores chasqueados.

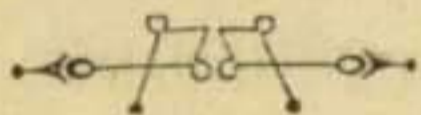
El médico declaró que había muerto de congestión cerebral, debida, parte, al trastorno producido en su cerebro por la impensada herencia, y parte, á la brutal excitación de aquel continuo rascar á que se había sometido; pero Valeria, á su vez, declaró á cuantos quisieron oirla, que si el pastor murió, fué sóloamente por querer satisfacer las ánsias de rascarse que le habían entrado juntamente con aquella millonada de oro.

San Sebastián 25 Julio 93.





## EL ÚLTIMO FAUNO



**H**ABÍA escapado milagrosamente al universal naufragio de los séres mitológicos de Grecia y Roma, y vivía en una gruta situada en las frondosas selvas que al pie del Moncayo se extendían.

El fauno era viejísimo; como que había oído recitar al propio Homero su Iliada. Pero los séres de esta clase viven mucho.

Era alto, aunque algo jiboso; tenía los cuernos de su frente agrietados; su rostro chato, arrugado y curtido por la intemperie; su barba, tan poblada en otro tiempo, trocada en un mechón de pelo ralo; el vello

de su cuerpo, sin los tonos rubios de la juventud; y las piernas de macho cabrío, combadas de tal modo, que entre las dos casi formaban un círculo completo.

Pese á todos estos alifafes, se mantenía fuerte; trepaba fácilmente á los árboles y era muy hábil. Fabricaba mil objetos curiosos: entre ellos, ligeras flechas que sabía usar á maravilla.

Tampoco se había amortiguado en él el fuego de la sensualidad. El tal fauno era lascivo como á los veinte años; como cuando perseguía á las ninfas y driadas y las gozaba mal de su grado.

Ahora los bosques estaban despoblados de tan encantadores séres. Harto lo sentía él y vanamente buscaba quien los sustituyera en la soledad que le rodeaba.

Por otra parte, flaco, patizambo, descancayado, balanceándose al andar como un borracho; con la estúpida faz deformada por la lujuria, era una figura grotesca, inútil ya para el amor. Aun adornaba su cabeza y su tirso de verdes pámpanos y flores; pero en lugar de embellecerse, sólo conseguía aparecer más monstruoso.

Pues, con todo, cometió la imprudencia de enamorarse.

Cierto día que huía por los bosques, esquivando la jauría del Conde de Gracia Real, señor de aquellos dominios, vislumbró en un claro de la selva una hermosa jóven que cogía flores. Fué una visión rapidísima que se perdió entre los árboles, en la loca carrera del asustado fauno; pero lo bastante para que se grabase profundamente en su enamoradizo corazón.

Había perdido la memoria de las bellezas griegas, y en la gentil muchacha volvió á encontrar todos sus encantos y armonías. Él, que había visto las estatuas de Fidias y Praxiteles, no las encontraba superiores á la jóven castellana.

Aquel día y el siguiente, las trompas de caza sonaron de continuo en torno suyo, y, como él distaba mucho de tener el valor de Aquiles, permaneció escondido en su cueva en un nicho que había en uno de los muros á grande altura, y al cual subía con una escala de cortezas de árbol fabricada por él. Cuando los ladridos de los perros cesaron, el fauno salió de su escondite, resuelto á

averiguar la morada de la jóven entrevista en la selva. Mientras estuvo oculto, había soñado que su amor era correspondido y esto le prestaba fuerzas.

Después de largas correrías y pesquisas, logró saber que su adorada vivía en un vallecito bastante lejos del sitio de su encuentro. Se llamaba Isabel. Era hija de un viejo montero del Conde de Gracia Real. Doncella de una hija del Conde, los pajes y gente moza del palacio comenzaron á galantearla de tal modo, que su padre, para evitar un desmán probable, se la había llevado consigo á vivir en la selva. Allí la tenía segura.

El viejo fauno se convirtió en rondador de la casa del montero. A todas horas estaba espiando, desde algún árbol, la presencia de Isabel. Cuando lograba esta dicha, resplandecía como nunca su fealdad; se le caía la baba, le lloraban los ojos sin párpados, le temblaba convulsivamente el labio inferior, caído como el belfo de un caballo. Al anochecer, se alejaba, apoyado en su tirso, asustando á las aves en sus nidos.

Pronto no le bastó contemplar á su amada durante el día; hizose galán nocturno.

Tocaba maravillosamente la flauta, una flauta de caña que él fabricaba en pocos instantes. Una noche, oyendo á un ruiseñor que cantaba en un árbol cerca de la ventana del cuarto de Isabel, se atrevió á lucir sus habilidades. Desde entónces, las nocturnas serenatas se repetían diariamente. No satisfecho aún, se lanzó al canto. Construyó un ingenioso laud con fibras de corteza y, acompañándose él mismo, obsequió á la jóven con delicadas serenatas.

Su voz era cascada y ronca; en cambio, le sobraba entusiasmo y sentimiento. Le declaraba su amor de mil modos diferentes: le invitaba á huir con él al seno de la naturaleza, donde sería la Diosa de las selvas. Él le fabricaría copas de madera, sutiles como las plumas de un pájaro; le presentaría las más exquisitas frutas en hojas de parra; sus flechas le proveerían de toda clase de caza y de pieles de ciervo, de oso y de lobo; le haría un lecho de plumón y vestidos de alas de mariposas. Todas estas bellas cosas le cantaba el fauno; pero como se las decía en griego... la jóven no las entendía.



Así transcurrieron algunos días: el fauno estaba desesperado de impaciencia. En menos de un mes, envejeció más que en un siglo: tornóse miope, se cansaba al andar, se quedó calvo y sordo: chocheaba.

Una mañana, lavándose en un riachuelo, se vió en la corriente y huyó horrorizado de sí mismo: se daba asco.

Encerróse en su gruta y permaneció dos días enfermo, sin comer.

Durante ellos, y en el delirio de la calentura, meditó un plan: presentarse á Isabel, cuando saliera sóla á pasear por el bosque y declararle su amor en versos griegos. Ella le correspondería; si le rechazaba, no le quedaba más recurso que la muerte. Pero para presentarse á ella, era preciso rejuvenecerse en lo posible; suprimir la arqueadura de sus piernas, que le daba un aspecto tan chocarrero. También esto tenía remedio. El gnomo Mime era un herrero maravilloso. Tallaba los diamantes á martillazos y pulimentaba las perlas en el yunque.

Fuése, pues, á visitar al notable artífice; pensando que el enderezar sus piernas sería para él obra de un momento.

Le halló á la puerta de su gruta, forjando con un martillo descomunal un cinturón de oro, sutil como los encajes de espuma que flotan sobre las aguas, y le expuso su pretensión.

El viejo Mime se sonrió socarronamente, adivinando la causa del ansia de rejuvenecerse del grotesco fauno. Le ofreció enderezarle las piernas en el acto, pero exigía precio: él no trabajaba de balde. El vetusto enamorado le ofreció su cayado de boj en el cual había grabado la muerte de Patroclo, con una perfección maravillosa. Mime aceptó el cayado.

Le sentó en una piedra junto al yunque y le hizo poner una pierna sobre éste. El fauno temblaba de angustia: creía que iba á convertirse de repente en un Adonis. Mime llamó á media docena de operarios, para que sujetasen al paciente.

—Porque, amigo,—le dijo,—tú te quedarás derecho como un huso; pero lo que es sufrir, sufrirás de lo lindo.

El fauno se echó á temblar como un azogado, mas persistió en su propósito. Cerró los ojos para no ver el golpe y de repente dió

un grito horrible, un alarido tremendo. El pérfido Mime le había roto la pierna, en vez de enderezársela. Se echó á llorar como un chiquillo y llenó de injurias al gnomo, que parecía pesaroso de su torpeza.

El pobre fauno tuvo que volverse á su gruta, andando sobre un pie.... «como las grullas», según le dijo burlonamente Mime al despedirlo. Con mucho trabajo, logró vendarse la pierna, despues de aplicarse un bálsamo para calmar el dolor. Lo difícil fué subir por la escalera de corteza al nicho donde tenía su cama..... Al fin, consiguió tenderse sobre su montón de hojas secas, maldiciendo del herrero; pero sin renunciar á la encantadora Isabel. Estaba enamorado de veras.

Durante mucho tiempo, deliró entre las angustias de la fiebre, sufriendo de un modo horroroso. Consumió todas sus provisiones, sin mejorar: la pierna se le hinchaba desmesuradamente y no podía moverla. Sin embargo, no apartaba el pensamiento de su amada.

Se quedó en los puros huesos, y se le cayeron los dientes. Su cráneo parecía una

roca pelada: tan calvo se había quedado.

Una mañana, cuando el sol, penetrando de soslayo en la cueva, alumbraba el cada-vérico rostro del fauno, creyó éste oír voces humanas cerca de su escondrijo. Aplicó el oído y percibió una voz argentina, de mujer, y otra robusta, vibrante, de hombre. Revolvióse furioso de celos en su camastro, al conocer la voz de Isabel que hablaba de amores con un hombre.

Una sombra se interpuso entre él y el sol á la entrada de la caverna. La producía un grupo de dos personas: Isabel, con el pelo suelto por la espalda, radiante de hermosura, asida al brazo de un mancebo que la miraba amoroso, bebiéndole el aliento.

La pareja permanecía detenida frente á la gruta, como interrogando á las sombras de su interior. El jóven quería entrar; Isabel vacilaba turbada y ruborosa.

El fauno dió un alarido cascado, quejumbroso, y, sin acordarse de que tenía á su lado la escalera, se arrojó del nicho á interponerse entre los dos amantes.

Como estaba tan alto, al caer se rompió la única pierna que le quedaba sana, y cuan-

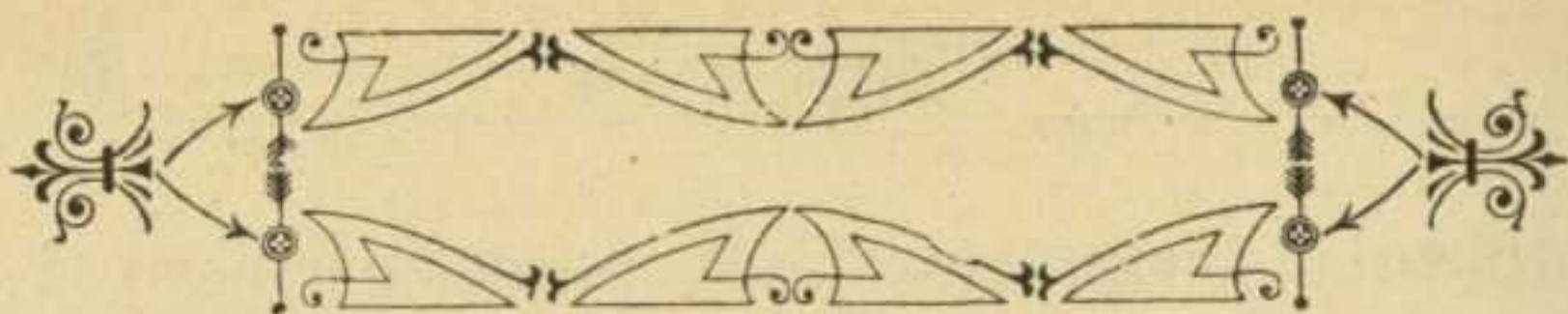
do quiso levantarse para perseguir á su rival, no pudo.

Los jóvenes huyeron asustados de aquel extraño chillido y del golpe que había resonado en el interior de la gruta. No habían visto nada.

El viejo fauno con las dos piernas rotas, extenuado, calenturiento, sin poder levantarse de donde cayó, cerró los ojos y se resignó con su desgracia. A los dos días murió: ya no quedaban de él más que los huesos.

San Sebastián 15 Agosto 92.





# EXPIACIÓN

## I

**E**L inspector de policía contemplaba con curiosidad aquella mendiga que acababa de recoger un guardia en la calle de Tudescos.

Era una mujer gruesa, aviejada, sucia; mas con señales de haber poseído en otro tiempo una opulenta belleza; de rostro curtido y con arrugas, el pelo jaspeado de blanco, á trechos, como si hubiera envejecido á saltos; los ojos hundidos, ásperos y huraños. Y por encima de esto, una especie de gallardía, de elegancia, que es lo que había chocado al inspector, no obstante los zapa-

tones de tacones torcidos, la saya desgarrada y el mantón grasiento con que aquella mujer protegía sus carnes.

El inspector le hizo las preguntas de ordenanza: de dónde era, su domicilio, en qué se ocupaba, etc. La mujer vaciló un momento; pero enseguida, con el gesto de un anacoreta que se estuviera disciplinando, refirió la siguiente historia con voz ronca, lenta, los ojos echando llamas y estremeciéndose toda ella como si la flagelasen con un látigo de acero.

## II

Adriana de Bari era una de las jóvenes más hermosas de Guadalajara, perteneciente á una familia de empleados, de esas que viven al día.

Tenía su casa frente á la Academia de Ingenieros, y, coqueta, deseando gozar del murmullo de admiración que su presencia suscitaba en todas partes, gustaba asomarse al balcón para que la vieran los alumnos. De este modo, exhibiéndose en el hueco del balcón como una vírgen en su hornacina, fué como se enamoró de ella uno de los

alumnos más distinguidos de la Academia.

Adriana toleró el amor que le ofrecía, reservándose su libertad de acción y el derecho de atormentar al hombre que se había enamorado de ella una intensidad rayana en locura. Durante dos años le sujetó á mil pruebas humillantes, hizo correr las lágrimas por su rostro varonil y llegó hasta hacerle caer de rodillas en medio de la calle, implorando el perdón de una falta que no había cometido.

Transcurridos los dos años, cuando el alumno fué teniente de Ingenieros, los dos jóvenes se casaron.

A la terminación de una luna de miel, demasiado ardiente para ser duradera, se inició el choque entre aquellos dos caracteres tan opuestos. Adriana intransigente, despótica, quería que se la rodease de un incienso perpétuo de amor y galantería; exigía de su esposo que se apartase de su lado lo ménos posible, que la besara al entrar y al salir de casa. La omisión de cualquiera de estos preceptos la encolerizaba, por creer que su marido debía ser siempre el alumno que había caído de rodillas en



la calle, mientras ella cerraba despreciativamente el balcón. Él, por su parte, mandaba con imperio y quería ser obedecido. Satisfecho con la posesión de la hermosa Adriana, le ofrecía un amor sério, profundo; pero sin alharacas enfermizas ni arrebatos insulsos: un hogar tranquilo y un marido independiente.

Adriana protestó. Los altercados surgían diariamente por futesas, por una palabra cualquiera, acompañados de gritos y desmayos. Los dos esposos advirtieron á la vez que su cariño disminuía, y lentamente se fueron alejando uno de otro. Comenzaron por mirarse con indiferencia; terminaron por aborrecerse. Esto duró seis años. Al cabo de ellos, se separaron discretamente y sin ruido: él marchóse á América, siguiendo á una bailarina de quien se había encajichado; élla quedó en Madrid con su hija de cinco años. Antes de marchar el ingeniero, estipularon la cantidad que habían de percibir madre é hija, y, durante siete años, la recibieron puntualmente todos los meses.

Todo el amor que Adriana creyó sentir

por su marido en los primeros días de su matrimonio, elevado á una potencia infinita, lo concentró en su hija, la pequeña Dolores. La tenía siempre á su lado, la acostaba en su mismo lecho, á cada instante la acariciaba con palabras ardientes, guardándola atenciones análogas á las que le había guardado á ella su marido cuando era alumno de Ingenieros. La niña por su parte no sabía separarse de su madre. Más que amor, era necesidad de verla, de oirla, de tocarla, lo que sentía. Amigas no tenía, ni más distracción que los brazos de Adriana siempre abiertos y ansiosos de recibirla.

Arrastrada ésta por su desordenado amor, no consintió que fuera á ningún colegio, y á los doce años, cuando ya ofrecía un bosquejo de la espléndida belleza de su madre, sólo sabía escribir y leer malamente. En aquella época el ingeniero, que hacía en América vida marital con la bailarina, se cansó de mandar dinero y suspendió los envíos.

Como pasaron los primeros días del mes sin que Adriana recibiese la suma convenida, fué á ver al banquero, quien le dijo te-

nía orden de no entregarle cantidad alguna. Demasiado altiva para mendigar una limosna de su marido, vendió los muebles de su casa, despidió á la criada y se fué á una casa de huéspedes á esperar, á esperar....

Entónces comenzó para élla un período de escasez y de miseria, calvario de visitas infructuosas, demandas y negativas. Su hija no podía acompañarla á estas correrías, ménos quedarse en la casa de huéspedes, donde abundaban los hombres sólos que fijaban la mirada avarienta en aquel capullo de mujer. Adriana se convenció de que tenía que separarse de su hija, y no vaciló ante este nuevo sacrificio que le costó una noche de llanto. Vendió las alhajas que le restaban, y, con el dinero que aún poseía, reunió para pagar dos meses la pensión de su hija en un convento de Ursulinas. El día que la llevó al colegio, era un día de invierno, frío y seco. La mujer y la niña lloraron á mares su primera separación.

Llorando silenciosamente bajo el velo echado por el rostro, volvía la madre á su casa, abstraída y sin fijarse en nada. Al volver una esquina resbaló en la acera helada

y fué á caer en brazos de un caballero que venía en dirección contraria. Quiso desahucarse y seguir su camino; mas se había torcido un pié y no podía tenerse derecha. El caballero paró un coche, la ayudó á subir y la acompañó hasta su casa. Una semana permaneció en el lecho, y el caballero fué á preguntar por su salud todos los dias. Ya levantada, le recibió en su cuarto y le dió las gracias por sus atenciones. Conversaron largamente, simpatizaron y quedaron amigos.

Antonio Monzón, así se llamaba él, se sintió subyugado por la hermosura de aquella mujer, que no habían podido marchitar los pesares. Aprovechándose de la penuria que adivinó enseguida, le ofreció dinero. Adriana lo rechazó dos veces: la tercera necesitaba renovar la pensión de la colegiala y aceptó la dádiva. Monzón hizo de ella, al poco tiempo, su querida. Adriana tuvo casa lujosa, criados, y un amante como lo había deseado; desprendido, elegante y entonando un himno perpétuo á su belleza. Primero se decidió por cálculo, para que su hija tuviese qué comer; pero Monzón supo

herirla en lo vivo y llegó á amarle como no había amado nunca á su marido.

Este nuevo amor entibió el que por aquella sentía. Iba á verla todos los dias permitidos, le llevaba dulces y juguetes; pero sus visitas eran de pasada, á la ligera, triviales, sin aquel tierno interés y aquella ansiosa curiosidad por todo lo que Dolores había hecho desde su última entrevista. Después volvía alegre y satisfecha á la vida galante que Monzón le ofrecía.

La niña, por el contrario, quedaba triste. Pasando desde los brazos de su madre al convento, no podía acostumbrarse á la soledad fría que allí reinaba, á aquella vida metódica llena de rezos, de clases y de insulsos recreos. Desde que entró ¡sentía unas ánsias de volver al cuartito de su madre y recorrer los escaparates de Madrid colgada de su brazo! El temor de disgustarla, le hacía callar todo esto. ¡Se lo decía mirándola de un modo tan elocuente! Pero no lo entendía.

Esta indiferencia que principiaba á vislumbrar, fué otra causa de tristeza para la hermosa niña; y el primer dia de visita que

pasó inadvertido para su madre, un alfiler que se clavó en su corazón. ¡Su mamá no la quería!

Cierta noche, mientras Adriana se vestía para ir al teatro, recibió una carta de Dolores. Decía: «Mamá mía: hace ocho días que no te veo. Estoy enferma y creo que es por no verte. ¿Querrás venir á curarme con tu presencia?» Asustada fué á visitarla al día siguiente y la encontró pálida, enflaquecida. La niña le abrazó llorando y le abrió su alma. Se moría en el convento; no podía estar más que con su madre, pegada á ella.

Si no quería verla muerta, era preciso llevársela enseguida. Allí no enseñaban nada. ¡Oh, que la sacara de allí y vería cómo ella sólo aprendía con sus libros todo cuanto quisiera! Además estaba enferma, no comía, sentía fiebre.—Y al decir esto, hacía que su madre palpase sus manos que abrazaban. Ésta la consoló como pudo y ofreció pensar en ello. En efecto, consultó con Monzón que se negó rotundamente.

¿Traer á casa la chiquilla? Nunca. ¡Valiente estorbo! Sería un testigo perenne que vigilaría sus actos y les privaría de to-

dos sus placeres. Además ¡iba á darle un buen ejemplo! En las Ursulinas estaba perfectamente. Todo aquello de la palidez, de la fiebre, era debilidad pura: unas cuantas tomas de hierro la pondrían fresca como una rosa.

Adriana se convenció de que Dolores debía permanecer en el convento. Aquella mujer que jamás obedeció al que podía mandarla, era esclava sumisa de quien ningún derecho tenía sobre ella.

En la siguiente visita, procuró persuadir á su hija de que estaba perfectamente en el colegio. Ella le escuchó haciendo esfuerzos para no llorar, tomó con amargura el frasco de hierro, y pretextando que la esperaba una amiga enferma, se fué á tirar la medicina al pozo. Aquel día fué muy triste para Adriana y en vano Monzón la obsequió con un aderezo y multiplicó sus caricias: experimentaba una inquietud que no sabía de dónde procedía.

Cuando tornó á ver á Dolores, hallóla resignada y al parecer contenta. A los pocos minutos de comenzar la visita, dijo que sus amigas la esperaban para jugar, y se

marchó dando un beso á su madre. Ésta se fué contentísima de verla tan alegre. ¡Qué equivocada! Dolores se sentía cada vez peor, apenas comía, pasaba las noches empapando la almohada de lágrimas y estaba muy débil. Comprendía que álguien se había interpuesto entre ella y Adriana, y se resignaba al olvido y al abandono. Perdido el amor de su madre, le era indiferente vivir á su lado ó lejos de ella.

También Monzón estaba celoso de la niña; para amortiguar su influencia, propuso á Adriana un viaje á Valencia, donde iba á verificarse una *batalla de flores*. Como la excursión iba á ser muy corta, nada la dijeron.

## III

Una tarde se hallaban los dos en su cuarto, en uno de los mejores hoteles de Valencia.

Dos discretos golpecitos sonaron en la puerta, y un criado entró con dos telegramas diciendo:

—Para la señora.

Adriana palideció densamente, revolviendo entre sus manos los dos papeles azules.



Rasgó con mano trémula uno de ellos. Decía: «Dolores enferma peligro. Venga inmediatamente.»

Un gemido ahogado brotó de su garganta, desfigurándole el rostro. Monzón, que por encima de su hombro, había leído el telegrama, quiso arrebatarse el otro; ella dió un salto y se fué á un ángulo de la estancia. Allí, con los ojos desencajados y la mirada de un idiota, leyó el segundo papel azul. «Enfermedad de Dolores, funesto desenlace.»

Monzón adivinó en el rostro de Adriana la tremenda noticia: tan demudada y pálida había ésta quedado. Bien quisiera él aliviar de algún modo la pena de la mujer que amaba, pero ningún consuelo le venía á la mente para ofrecerlo á su amiga, que permanecía como atontada, estrujando los dos telegramas. Sin embargo, aquella inmovilidad, aquella acumulación de dolor mudo podía ser peligrosa, y Monzón, con lágrimas en los ojos y los brazos abiertos, se le acercó diciendo:

—¡Adriana mia!

Ella dejó que se le aproximase sin pare-

cer apercibirse de su presencia; mas al ir á estrecharla en sus brazos, le echó las manos al cuello, ciñéndoselas como un dogal, apretó con todas sus fuerzas; y comenzó á morderle la cara y á golpearle con los pies. Parecía una loba furiosa, vengando la muerte de su cachorro. Monzón, desconcertado por este brusco ataque, procuraba desasirse sin lastimarla; pero harto hacía con mantenerse de pie, contrarrestando los esfuerzos de Adriana que forcejeaba por tirarlo al suelo. Estaba aterrado, sin aliento, comprendiendo por el salvaje brillo de sus ojos, que si caía era inútil demandar gracia. Le asió los brazos y se los retorció con fuerza: los dedos, al deslizársele por la garganta, dejaron profundos surcos por donde brotó la sangre en abundancia.

Al sentir que se le escapaba la presa, Adriana dió un salto y volvió á caer sobre él, acorralándole en un rincón. La lucha duró algunos instantes: lucha de fiera encarnizada. Donde Adriana ponía la mano ó la boca, brotaba la sangre ó se desgarraba la tela. Por fin Monzón ciego de ira, de un empellón tremendo, lanzóla contra el suelo.

El golpe fué tan rudo, que Adriana perdió el sentido.

Al volver en sí, estaba sóla y tenía la cabeza ensangrentada. Vendó la herida con un pañuelo y lanzóse del hotel en busca de un tren que la llevase á Madrid, loca de rabia, más loca ahora que se le aparecía con todos sus detalles la muerte de su hija.

Aun llegó á presenciar el entierro de la hermosa niña. Las monjas creyeron que iba á matarse, cuando la vieron arrancarse puñados de cabellos, y revolverse en torno suyo como buscando un arma. No obstante, tuvo fuerzas para acompañar á su hija hasta el cementerio.

De rodillas, sobre la tierra removida, estuvo rezando hasta la noche.

Al dia siguiente vendió todo cuanto poseía, hasta sus vestidos, para construir un panteón á la pobre muerta de amor, y cuando no tuvo nada más que los inmundos harapos que se había reservado para cubrirse, lanzóse á la calle á sufrir hambres, frio; á dormir á la intemperie, con alegría, con ardiente deseo de padecer y de purificarse por el sufrimiento; como si de este

modo pudiera desagraviar á su hija del abandono de sus últimos dias.

A pesar de su desaliño y suciedad, continuaba hermosa, con la belleza de una bacante ébria; muchos hombres se le acercaron, creyendo imposible la resistencia. La severa mendiga aparentaba no oír la primera insinuación; á la segunda, respondía con un *nó* tan áspero y duro que ninguno persistía.

Así iban transcurridos doce años, sin casa, hambrienta, vagabunda; y así había de vivir siempre, mientras le quedase aliento para maldecirse por haber matado á su hija con su desamor, y para abominar los dos hombres, cómplices de su crimen. De este modo se vengaba de sí misma: quizá lograra por fin el perdón de Dios y de la hermosa niña que estaba en el cielo.

San Sebastián 20 Julio 92.

---



# LAS BOTAS RUSAS



CAÍAN los copos verticales hasta la altura de los tejados. Allí las pequeñas alas blancas, empujadas por el helado viento norte que silbaba encallejonado, volaban horizontales casi largo trecho, descendiendo insensiblemente. Cuando llegaban á la altura de los primeros pisos de las casas, comenzaban una danza vertiginosa: trazaban círculos y espirales, descendían hasta el suelo, otra vez ascendían, y volvían á caer, describiendo rapidísimas curvas caprichosas. Aquello era el aquelarre de los copos de nieve: un aquelarre, en el que parecían animados de perversas ideas. A

una mujer que llevaba en la cabeza una canasta llena de panes, le cegaban los ojos y la hacían dar en tierra con su carga; á una joven vivaracha y muy linda, se le introducían por el cuello, haciéndola cosquillas; á otra se le colaban por debajo del vestido, obligándola á detener su marcha y andar á pasos menudos, contra su voluntad; á un viejo caballo, que penosamente arrastraba un carro cargado de carbón, le asaeteaban despiadadamente con sus dardos de hielo, y el pobre animal, dolorido por millares de picaduras, contraía la piel con estremecimientos convulsivos.

Yo contemplaba desde el mirador el macabro baile de los copos. De cuando en cuando, limpiaba con la mano los empañados cristales, para continuar viendo su descenso y sus caprichosos remolinos.

Una de las veces que tal hacía, una vieja mendiga, con una niña en brazos, acertó á pasar por delante de mi observatorio.

El viento y la nieve, calmados hacía unos instantes, se convinieron en un momento para jugar una mala pasada á aquellos dos seres que no tenían, para librarse de sus

helados besos, gruesos abrigos y calientes pieles.

Formaron un torbellino rapidísimo, rodearon á la mujer y á la niña en un círculo de hielo, azotaron con furia sus desnudas piernas y sus indefensos rostros, y se alejaron entonando un silbido burlón y despreciativo.

Cuando el torbellino las envolvió, la mendiga bajó la cabeza y guardó silencio; la niña, por el contrario, lanzó un agudo grito y comenzó á limpiarse furiosamente la cara, de la nieve que la cubría.

La mendiga era una de tantas mujeres demacradas, sin más expresión que la de una inmensa fatiga pintada en todo el cuerpo; siempre viejas, aunque sean jóvenes; vestidas con cuatro harapos sin forma ni color, y calzando, en los pies desnudos, ora rotos zapatos de baile, ora enormes botas de hombre.

La niña era un angel rubio, como de tres años, delgadita, pálida, con los cabellos enmarañados flotando al aire; el rostro ligeramente curtido por la intemperie; las piernas y los pies desnudos.

Debía ser hija de aquella mujer, pues, á pesar de su fatiga, ésta la llevaba en brazos, sin duda porque estaba descalza.

La niña continuaba limpiándose la cara con las manecitas sucias, y guiñando los ojos para desprenderse de la nieve que los cegaba. En la nariz, en la barba, y diseminados por los cabellos, brillaban abundantes copos, ya líquidos, que, con su transparencia, hacían el efecto de gotas de rocío sobre los pétalos de una rosa.

Al extremo de la calle, avanzaba otra ráfaga de nieve, y para librarse de ella la mendiga, entróse á pedir limosna en la casa más cercana. Al poco rato, volvió á salir, atravesó la calle y penetró en la mia.

Un instante después dos golpes tímidos sonaron á la puerta. La criada entró en el gabinete, donde yo estaba, diciendo:

—Una pobre, que pide limosna. Está descalza. Si el señorito quiere, le daré el par de botas que ya no le sirven.

Hice un signo de asentimiento, y la criada sacó de la alcoba las botas, lustradas todavía, de la última vez que las había puesto.



Las limpió con el delantal, y salió, exclamando:

—Con éstas irá tan ricamente.

Detrás de élla, salí yo al pasillo, sin saber lo que hacía.

La criada abrió la puerta y mostró las botas á la mendiga. Al verlas, la niña lanzó un grito de gozo, y, con voz de un timbre purísimo, que nunca olvidaré, exclamó alborozada:

—*¿Pa mí, mamá, verdá?*

Y apretaba, entre sus manos diminutas, la cabeza de su madre, en el colmo de la alegría, y se miraba los pies desnudos, calculando de antemano el efecto que harían con aquellas botas.

Mi criada echó por tierra todo aquel regocijo.

—Son muy grandes para tí; sólo sirven para tu mamá.

Un lindo *puchero* se formó en los labios de la niña, cuyo rostro se tornó al instante grave y lloroso.

En los ojos de la madre, brillaron también dos lágrimas.

En aquel momento, experimenté lo que

nunca había sentido con tanta intensidad: una lástima profunda, una piedad infinita.

Las palabras de la niña vibraban en mi oído con una dulzura inefable.

¡La ambición infantil, desmedida, ansiosa de todo lo nuevo y brillante, se había reducido, en aquella linda niña, á desear unas horribles botas ajadas para proteger sus pies del frío de la calle!

En aquellas palabras había además el ansia de un pájaro preso que desea romper su cárcel. En invierno, el piso es hielo; y los pies de la niña eran tan lindos y delicados, que su madre la llevaba siempre en brazos, para que no se le estropeasen. De este modo, helada, entumecida, sentía una espantosa necesidad de movimiento.

Mientras yo pensaba todo esto, la mujer balbució un:

—Dios se lo pague.

Y principió á bajar las escaleras.

No sabré decir cómo entré en mi cuarto, ni cómo me puse las botas, el sombrero y la capa; lo que sí sé es, que aun no habían llegado á la calle la mendiga y la niña,

cuando ya estaba yo á su lado: ¡tanto temía que se me escaparan!

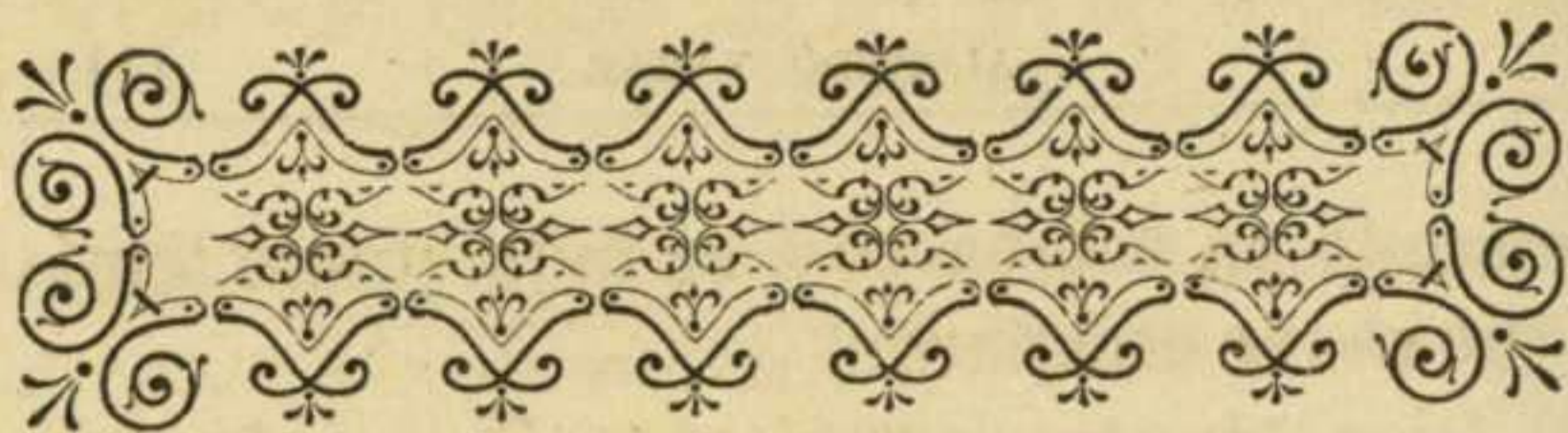
Diez minutos después, entrábamos los tres en una zapatería, y, entre el asombro de las dos desgraciadas, un dependiente comenzaba á probar á la niña un par de botas.

Su madre eligió por fin, unas *rusas*, fuertes y elegantes, forradas de paño, y de mucho abrigo.

Cuando las tuvo puestas, la niña no se atrevía ni á andar, para no estropearlas; permanecía calladita, pero se le conocía que era feliz. ¡Quizá era el primer goce que había disfrutado en su vida!

He aquí por qué, cuando, un mes más tarde, los guardias de seguridad recogieron de la vía pública á tantos vagabundos, quedaron sorprendidos al ver que una de las mendigas detenidas tenía una hija con lindas botas rusas.

Y he aquí también, que el inspector de policía, al preguntarle la procedencia de aquel lujoso calzado, se echó á reir incrédulo, cuando la pobre mujer le refirió esta historia.



## LA CORONA DE LA VIUDA



DE regreso de un largo viaje artístico, hallábase una tarde de invierno en su estudio, el pintor Emilio-Emilio, acompañado de varios amigos que habían acudido á festejar su vuelta.

Ansioso de conocer todas las vicisitudes porque había pasado durante su ausencia el círculo de gentes en que vivía, preguntaba á roso y velloso por sus antiguos amigos y conocidos, intercalando entre las preguntas, descripciones de países, remembranzas de viajes y anécdotas histórico-personales más ó ménos auténticas.

Por fin, cesó la granizada de sus pregun-

tas, y ya llevaba hechas tres ó cuatro pausas, registrando los rincones de su memoria, cuando, dándose una palmada en la frente preguntó:

—¿Y la de Luna, el original de mi retrato premiado en la Exposición; la esposa del probo empleado que jamás se ha apercebido de que su frente no se parece á la de los demás mortales, ¿qué se ha hecho de ella?

Esta pregunta iba dirigida á uno de los jóvenes, llamado Alejandro, moreno como un mulato, todo movilidad y nervios.

Éste contestó después de una pausa:

—Se le murió su marido.

—¡El bueno de D. Faustino! Supongo que no lo sentiría mucho la bella Josefina.

Alejandro permaneció sin contestar un momento, y replicó, como desmintiendo las anteriores palabras:

—Se volvió loca.

El pintor dió un bote en la silla.

—¡Eh! ¿Pero á consecuencia de su viudez? ¡Imposible!

—Entendámonos —contestó Alejandro.— El amor de su marido no ha tenido arte ni parte en su locura; sin embargo, su marido

ha sido la causa directa de la catástrofe.

El pintor no salía de su asombro: todos los demás se habían callado.

—A ver, á ver—dijo Emilio.—Debe ser curioso de oír. Cuenta.

—¡Vaya si lo es!—murmuró lentamente su interlocutor. Y después de un instante: —Verás. Hace cosa de un año, al bonachón de Faustino, le dió la humorada de morirse y abandonar un mundo, lleno de mujeres engañosas y amigos desleales; aunque es seguro que jamás había advertido cerca de él la existencia de tales séres. Una noche, á la salida del teatro, se le entró en su no muy robusta persona un viento colado, el cual le produjo una pulmonía que, en tres dias, dió al traste con su vida. Josefina, como comprenderás, no se desesperó gran cosa por esta desgracia.....

—Pues no decías...—interrumpió Emilio.

—Despacio, querido; que aún falta trecho. Decía pues, que á la viuda no le afectó mucho la muerte de D. Faustino; pero como era preciso aparentarlo así, para no *desafinar*, hizo la comedia de una Artemisa..... sin sepulcro.

Encargó una gigantesca corona de siempre-vivas, rosas y pensamientos, y, en sus cintas, anchas de á terciá, mandó grabar con letras doradas, una romántica dedicatoria: á mi idolatrado esposo.

Cumplido este importantísimo deber, la viuda se encerró á piedra y lodo en su cuarto, no dejándose ver de nadie, ni aun de la luz, pues cerró hasta el balcón, para que nada le distrajesse de su pena.

Unicamente, cuando llegó la hora de la conducción del cadáver al cementerio, se atrevió por una rendija, á echar una ojeada á la concurrencia, para ver los puntos que calzaban de estimación social ella y su marido.

Toda la calle estaba ocupada por unas quinientas personas—cifra crecidísima para un *oficial primero* de Hacienda,—indiferentes y silenciosas, que acababan de ponerse en marcha.

Delante de todos, y en hombros de cuatro sepultureros se balanceaba el féretro con la enorme corona de siempre-vivas, rosas y pensamientos. Josefina se retiró de

su observatorio, orgullosa de esta última prueba de general simpatía.

Entre tanto, el cadáver y su séquito caminaban lentamente al cementerio. Cuando llegaron, y el cura entonó los responsos, anochecía, y una nube espesa y oscura amenazaba lluvia.

Así es que la vieja beata, que había llevado la voz cantante en aquél, como en todos los entierros, atenta sólo á librarse de un reuma, no se cuidó para nada de la corona de la viuda, á pesar de la orden terminante que ésta le había dado, de traerla consigo á casa; y el ataúd con su corona, fué colocado en una de las mesas del depósito.

Hecho esto, y cuando todos, absolutamente todos, salieron, el conserje del camposanto cerró con cerrojo y llave la verja que servía de puerta.

Al llegar á este punto el narrador parecía atacado de un temblor general bien perceptible, y sus ojos echaban fuego.

Para serenarse detúvose á encender un cigarro, lo cual verificó con toda la lentitud posible. Después prosiguió:



—A la mañana siguiente, cuando los sepultureros y la vieja beata fueron al depósito á *dar tierra* al cadáver, como ellos dicen en su jerga, hallaron la corona metálica de siempre-vivas, rosas y pensamientos, despedazada y echa trizas á los pies del ataúd, así como las anchas cintas negras de seda con la dedicatoria en letras doradas.

Ninguno de los oyentes dijo palabra, pero cada uno pensó para sí que habiendo estado el depósito cerrado con llave toda la noche y no pudiendo nadie entrar en él, el autor de aquel destrozo, solo podía haber sido... Un temblorcillo mal disimulado concluyó el espeluznante pensamiento.

—El cura entonó el último responso, y concluído éste y al abrir el ataúd con la llave que había traído la vieja beata en el bolsillo,—tened presente este dato,—para echar cal sobre el cadáver, observaron todos que las manos del muerto, que vestía hábito de franciscano, tenían las uñas rotas y, en varias de ellas, hilachas de seda negra, idénticas á las de las cintas de la corona.

Ya comprenderéis, que semejante suce-

so, verdad ó ficción, debió ocultarse cuidadosamente á la viuda; pero la vieja, apenas llegó á casa, y no bien le preguntó Josefina por la corona; entre sustos y congojas, le contó lo sucedido... y aun algo más.

Josefina, al oirla, dió un tremendo alarido y, recordando sin duda los amantes que había hecho tragar á D. Faustino, como amigos, le entró tal terror y tal remordimiento que perdió el sentido y con el sentido, la razón.

Cuando volvió á la vida, estaba loca incurable; loca como vosotros la habéis visto, —siguió Alejandro, dirigiéndose á los amigos de Emilio.

Hubo una larga pausa, durante la cual las bocas chuparon nerviosamente los cigarrillos.

Al cabo, uno de los jóvenes dijo:

—Tu historia es un *canard*, que no pasa.

—Sea;—replicó Alejandro—pero el hecho es que Josefina está loca.

—¿Y qué?—contestó el incrédulo.—Demos por supuesto que quien rompió la corona fué el mismo D. Faustino: ¿cómo explicas tú el caso?

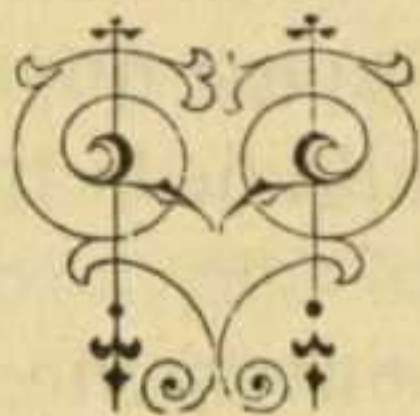
—Os lo diré en dos palabras. Mientras el hombre vive, lo que nosotros entendemos por vida, la venda corpórea, cegándole los sentidos del alma, sólo le deja ver las apariencias, y le oculta la realidad de las cosas. Cuando el espíritu se liberta, por la muerte, de la camisa de fuerza de la materia, se le hace palpable la realidad, y ve las cosas tal cual son y no tal cual parecen. Tal debió suceder con D. Faustino: durante su vida se dejó engañar como un cordero por Josefina; la muerte, afilándole los sentidos, le hizo ver la indigna comedia que había representado, y entonces lleno de cólera, viendo que su esposa quería continuar la farsa hasta más allá de la tumba... ya sabéis lo que hizo.

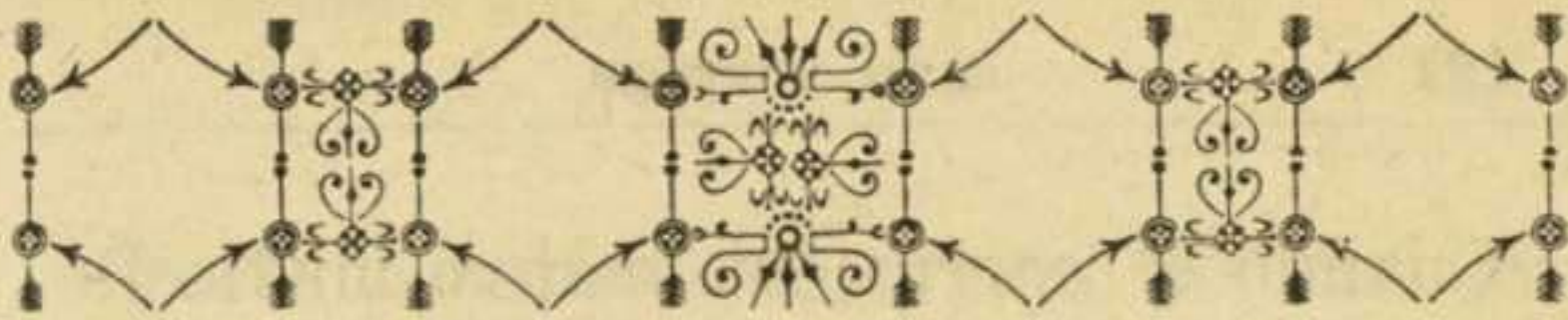
Hablaba tan convencido, que ninguno se atrevió á replicarle de seguida; mas luego, uno de los jóvenes, que pasaba entre ellos por un Tenorio, replicó intencionadamente:

—¡Qué quieres Alejandro! Aparte de lo imposible que es á un cadáver alzarse del ataúd cerrado y volverse á introducir en él; no creo una palabra de tu historia, porque de ser cierta, pocas, muy pocas coro-

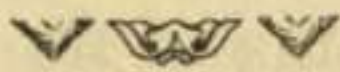
nas de viuda dejarían de llevar igual pago; y yo—para no hablar más que de mí—he visto muchas que se hallaban en ese caso, intactas, después de haber desempeñado su cometido.

Vitoria 26 Febrero 93.





# R o m a n a



## I

EL padre de Romana recibió por la mañana temprano una carta, anunciándole la venida de su sobrino, ocho días antes de lo que esperaba; esto es, al día siguiente.

Aturdido, y creyendo que la casa se le venía encima, llamó á su hija y la envió á *la ciudad*—distante dos horas,—á traer las cosas necesarias para arreglar el cuarto del futuro huésped.

La joven montó con un criado en el carricoche de la casa y marchó á cumplir el encargo. Llevaba dinero abundante, y en pocas horas terminó sus compras.

Cuando el carricoche estuvo medio lleno, Romana, impaciente, emprendió á pie el camino de la aldea, diciendo al criado que iría despacio para que él la alcanzase. Acababan de dar las cuatro de la tarde.

De una de esas tardes de primavera de cielo azul y sol de oro, refrescadas por ligera brisa; pero Romana no se fijaba en ello. Por algunas medias palabras que oyó á su padre y el interés con que le encargó no economizar dinero en las cosas que comprase para su primo, comprendió que se trataba de casarla con éste.

El viejo no le había dicho nada claro, porque esperaba de ella la ciega sumisión de las hijas de su clase; dejóselo adivinar embozadamente, como una cosa natural, arreglada de antemano.

La joven reflexionaba en ello al caminar. No pensaba rebelarse contra la autoridad paterna; de ningún modo. Y dentro de su conformidad fatalista, echábase á fantasear de cuerpo entero á su primo. Le imaginaba como ella quisiera que fuese: alto, nervudo, moreno, de barba negra y mirada dulce.

Como no había tenido aún amores con nadie, no le repugnaba casarse con el hombre elegido por su padre, ni sentía impaciencia por conocerle. Lo que fuere sonaría; élla, de todos modos, no había de estar nunca mejor que ahora. Y pensaba así, á pesar de no comprender bien toda la importancia del matrimonio en la vida de la mujer, porque había visto que todas sus amigas, fuertes, robustas, hermosas, de solteras, al año de casarse, estaban arrugadas como frutas secas; apergaminadas, sin formas, feas. Suspiró tristemente: á ella le sucedería lo mismo.

Estas ideas le recordaron las amigas que tendría que convidar á su boda y los mil preparativos que habría que hacer. Se dejó arrebatado por su fantasía, y en un instante hizo su ajuar, casóse y asistió al banquete de boda.

Como había hecho las compras en *la ciudad* con tanta presteza, sin descansar un solo instante, y había salido enseguida, estaba sofocada, con el rostro encendido, sudando; llevaba echado hacia atrás sobre el cuello el pañuelo de seda para la cabeza.

De este modo, se destacaban bien sus facciones.

Romana era una hija de la aldea, buena moza, robusta, de cuerpo incitante, por sus amplias curvas hirvientes de vida; rostro bien proporcionado, ojos algo pequeños, de mirar candoroso; y abundante mata de pelo negro, que coronaba su cabeza chiquita y ovalada. La piel de su cara era suave y fina, porque, como hija de labrador rico, iba poco al campo: así lo declaraba su tipo, más esbelto, más erguido que el de las siervas del terruño.

Tal como era, era un hermoso tipo de la mujer verdad, sin melindres ni afeites; y lo que principalmente seducía en ella, era la vida que fluía á través de su piel, el aroma que se evaporaba de su rostro, el vaho sensual que despedía su cuerpo.

Adormecida por la vaga somnolencia de la tarde, caminaba la jóven despacio, sin temor alguno. Ya no se veía la población: atravesaba un extenso bosque solitario que hubiera llenado de miedo á una señorita; pero Romana había hecho tantas veces aquel camino, en invierno, en verano, á



cualquier hora, que nada le asustaba.

Hacia la mitad del bosque, junto á un árbol cercano á la senda por donde ella marchaba, percibió un rostro de hombre, que miró á la jóven un instante devorándola con los ojos.

Al terminarse los árboles, cuando iba otra vez á comenzar la llanura, Romana sintió cerca de sí ruido de pasos; quiso por curiosidad volver la cabeza para ver quién era, pero no pudo. Se sintió abrazada por un brazo hercúleo, que la levantaba del suelo y le tapaba la boca con mano calenturienta.

Aturdida por lo brusco del ataque, ni pudo dar un grito: no se daba razón de lo que le sucedía. Sólomente cuando sintió en el nacimiento del cuello posársele dos lábios temblorosos, ardientes como placas de hierro enrojecido, lo comprendió. Con toda la fuerza de su honradez, quiso desasirse de la cadena que la ceñía: desesperada, loca de miedo, se sentía llevar como una pluma, sin que ni la mordaza ni el nudo se aflojase.

Poco después, un buen trecho lejos del camino, se encontró tendida en el suelo,

sujeta por dos forzudas manos; vió junto al suyo un rostro moreno con dos ojos chispeantes, y se sintió á merced de un hombre, en medio del bosque, lejos de todo amparo humano. Entonces perdió el conocimiento.

## II

Al recobrar el sentido, se halló sentada sobre el cesped, con el vestido en desorden.

La vergüenza que sentía y que le subía á la cabeza en olas de fuego, le cercioró de que el crimen se había cometido.

Hasta el anocheecer, permaneció en la misma postura; la cabeza entre las manos, mirando con aire estúpido una brizna de yerba aplastada cerca de ella. Cuando se vió rodeada por las sombras, se levantó y prosiguió de nuevo su camino.

Marchaba á paso rápido, el oído atento al menor ruido, con la timidez de un niño que canta de noche para ahuyentar su miedo.

Ya en su casa, oyó, desde el portal, la voz de su padre gritando al criado que había ido con Romana á la ciudad. La jóven entró en la cocina.

—¡Cristo! ¡Ya era hora! ¿Dónde has estado? Cómo no has venido antes? Qué te ha sucedido?

—Pues, nada, padre, nada; que me he perdido,—contestó perfectamente tranquila.

El viejo soltó tres ó cuatro juramentos.

—Mientras tú pendoneabas por ahí, te preparaba yo una sorpresa. ¿Conoces á *ese*?  
—dijo, señalándole un jóven que estaba sentado en un banco junto al hogar.

Lo turbio de la luz del candil que alumbraba la cocina, impidió ver la contracción que pasó como una nube por el rostro de Romana.

—No; no le conozco—contestó con voz temblorosa.

—¡Red!... No tienes más sesos que un mosquito—replicó el viejo brutalmente.— Es tu primo, tu primo Paco en carne y hueso. Abrázale.

Romana creyó que el piso de la cocina se abría para tragarla; y cuando su primo le abrazó con grandes extremos de cariño, estuvo á punto de echarse un paso atrás y gritar fuerte, muy fuerte:

—¡Canalla!

El viejo preguntó luego á su sobrino:

—¿Qué te parece mi hija, muchacho?

—¡Como un sol, tío, como un sol!... ¡Gran mujer me llevo!

La nube negra volvió á pasar por los ojos de Romana.

Cenaron. El viejo se emborrachaba alegre, al ver cómo iban á realizarse sus planes. El sobrino agasajaba á su prima, regalándole los mejores bocados; le hablaba al oído, diciéndole que era hermosa y que iban á ser muy felices. Romana respondía con monosílabos, sonriente, haciendo como que comía.

A los postres el padre explicó á su hija, que Paco había llegado á la aldea dos horas despues de salir Romana. Habían comido solos y él le había indicado que saliera con la escopeta á esperar á su prima. Paco lo hizo así, pero al atardecer había vuelto, diciendo que se había extraviado cazando, sin llegar á la ciudad.

Él aprobaba sonriendo á cada palabra de su tío.

Terminada la cena, la joven se retiró

pretextando cansancio. Su padre exclamó picarescamente:

—Paco te curará. ¿Verdad, chico?

Éste, sin responder, estrechó la mano de su prima, diciéndola al oído:

—¡Que sueñes conmigo!

La joven subió corriendo á su cuarto y se dejó caer sobre una silla junto á su cama.

### III

Temblaba como un pájaro en noche de tempestad y aplicaba á la fría sábana su frente ardorosa, reseca, que á ella le parecía que crugía con punzante dolor, como si fuera á estallar en pedazos. A la vez, dentro de ella, alguien desarrollaba el carrete de las ideas, amontonando varas y más varas del hilo invisible del pensamiento; y como si el hilo aquel se devanase en torno de ella y le apretara mucho, la jóven se ahogaba, presa de una angustia indescripible.

Así estuvo largo rato; ya se habían dormido todos los de la casa y ella continuaba aún sin moverse. Luego, como si hubiera algún nudo muy difícil de deshacer en el

hilo que se enmarañaba en su mente, se deslizó de la silla, y cayó arrodillada frente al Cristo que había á la cabecera de su lecho.

Y en aquella postura, vacilante, llena de congoja, se puso á conversar con Aquel que oye lo que los labios no pronuncian.

Y le dijo así, sin hablar:

—Yo quiero confesarme, Señor, yo quiero confesarme contigo. Te contaré todo lo que pienso para que me absueles del horrible pecado que voy á cometer, si no me disuades... Pero no me disuadirás, porque tú que lo ves todo, comprenderás que no me queda otro recurso. Señor, tú eres bueno, yo no lo niego: lo creo, sí, lo creo; pero ¿por qué has consentido el crimen de que soy víctima? Dicen que tú castigas sólo al criminal; y yo soy buena... al menos, no sé qué maldades haya podido cometer. Si las he cometido, dímelas para que las sepa y vea que eres justo; si nó, dudaré de todo... Porque á la verdad, lo que conmigo has hecho, ha sido horrible, ¡horrible! Hubiera preferido la muerte á ser juguete de un hombre; y hubiera preferido el infierno á

que ese hombre fuera mi primo. Tú que todo lo sabes ¿no sabías que mi padre lo destinaba para mí? ¿Por qué le has hecho tropezar conmigo para perderme?

En fin, yo no te culpo, Cristo mio, yo no te culpo; te pido que me aconsejes. Después de haber sido suya, yo no puedo casarme con ese hombre. Le aborrezco de muerte. Cuando me besó, al presentármelo mi padre, creí que me rozaba el rostro una culebra. Yo no le quiero para marido, porque si me caso con él, le mataré, sí, le mataré, con veneno, con puñal, con pistola... con lo que sea; pero le mataré.

Además es un vil hipócrita: al saber que yo era su prima, me ha besado tranquilo y sonriente... ¡Es un monstruo, Señor, es un monstruo, y yo no quiero casarme con él, no me casaré!

Pero si le digo esto á mi padre, se pondrá furioso, me pegará, me obligará, y aunque yo quiera resistir será en balde. Tendré que escaparme de casa y vivir escondida como las mujeres malas... ¡Señor, Dios de mi alma, Jesús adorado!, ya ves que todos los caminos están cerrados para mí...

menos uno. No quiero casarme, y mi padre me forzará; aborrezco á mi primo, me da asco, y él querrá que yo le ame... y me dará hijos que serán monstruos como él...

¡Dios mio querido! ¿quieres que siga ese *único camino* que me resta?... ¿Quieres? ¿Me lo permites...?

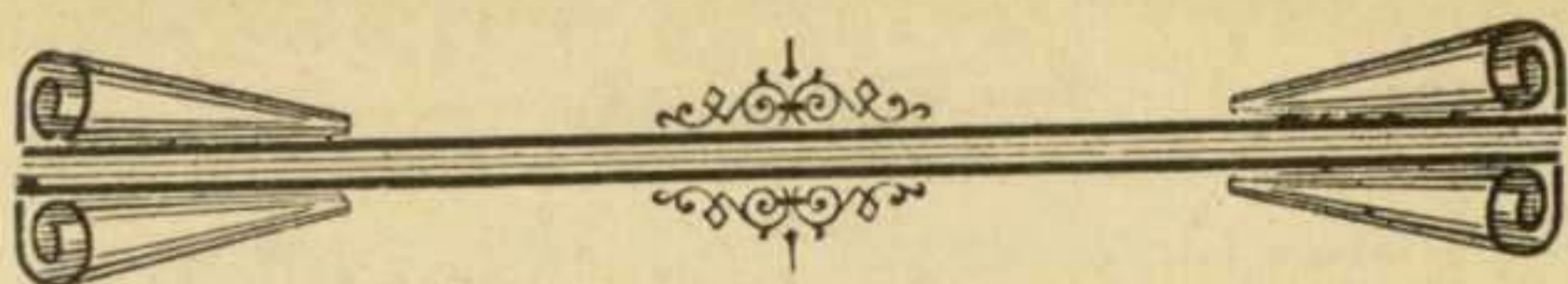
Calló el pensamiento de Romana y se alejó en una especie de niebla gris que le invadía. Al poco rato levantóse, abrió la puerta del cuarto y bajó la escalera á paso quedo. Entró en el patio y se dirigió al pozo, cuyo brocal se perfilaba á la luz de los astros como un cilindro macizo...

Un gallo lanzó su prolongado grito, por primera vez en la noche. Eran las doce. Al comenzar su segundo quiquiriquí, se interrumpió asustado por el sordo ruido que produjo el choque de un cuerpo en el agua del pozo.

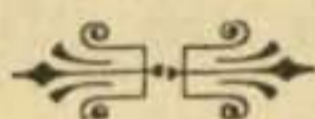
San Sebastián 20 Julio 92.







## EL ANILLO DE ORO



MIRANDO cómo flotaban las nubecillas lechosas en el agua que vertía á pulso y muy despacio en su copa de ajenjo, el Conde de Guantánamo, recién llegado de su viaje por casi todos los pueblos del mundo, se hallaba refiriendo su historia, á su amigo el Marquesito de Villajoya á quien había conocido en Nueva-York.

Su vida—la del Conde—había sido bastante accidentada. Después del desastre y de la ruina de su casa, devorada en cuatro dias por los acreedores, huérfano á los catorce años, se vió obligado á marchar á Cuba con un viejo criado de la casa, llamado

por su tío; un palurdo forrado de oro, que apenas si sabía estampar su firma.

Aparte de su ignorancia, era hombre de muy buen sentido: le hizo estudiar, estudiar sin descanso y.... sin dinero, amenazándole con abandonarle y consiguiendo que se graduase de abogado á los veinte años.

Después, sin ningún preámbulo, le llevó consigo á recorrer sus ingenios, á darle una zambullida en pleno salvajismo. Durante cuatro años no había pisado una vez la Habana ni tratado con más gente que los negros y empleados en las posesiones de aquel Creso miserable, que comía, por no gastar, en la misma mesa de sus operarios.

Terminados aquellos cuatro siglos embrutecedores, el viejo hacendado, como si no esperase otra cosa, tomó el acuerdo de morirse, dejando á su sobrino heredero universal de un montón de millones y del título de Conde de Guantánamo, que le dieron cuando aporreaba el oro con sus manos encallecidas.

El Conde, no bien se vió libre y rico, apresuróse á huir de aquellos fementidos

ingenios, y, viéndose embrutecido, descivilizado, se lanzó á un viaje de *circunnavegación*, para adquirir, con el trato de gentes, un barniz cosmopolita, el más apropiado para sus planes ulteriores.

Cerca de seis años, había durado su viaje. Su última etapa era Madrid, donde pensaba establecerse definitivamente. Ya había comprado un hotel en la Castellana.

Su proyecto de vida era bien sencillo: tenía unas ganas furiosas de divertirse, de gozar en todos los ramos; especialmente en el femenino. Hasta entonces, con las peripecias del viaje y teniendo en cuenta su fin educativo, se había reducido á lo indispensable: una bagatela.

Para todo esto, necesitaba un guía inteligente que le dirigiere, y ninguno, como el Marquesito de Villajoya, podía iniciarle en los misterios de la nueva vida.

El Marquesito le ofreció su concurso de muy buena gana. Realmente, le había sido simpático aquel mozo, bronceado por el sol de todos los climas y cuyos ademanes parecían adquiridos, á retazos, entre los diversos pueblos que había visitado.

Esta conversación la tenían en el Café Suizo, junto á una de las ventanas que dan á la calle de Alcalá.

Ya llevaban los dos amigos un buen rato de palique, cuando por delante de ellos y en dirección al Retiro pasó una elegantísima joven rubia, la cual saludó cariñosamente al de Villajoya, á través de los cristales.

El Conde, después de *recorrerla* con una ojeada, dirigiéndose á su amigo,

—Una así me conviene.—Dijo.

—¿De veras?

—¡Tan de veras!

—Pues ahora mismo.

Y levantándose los dos jóvenes, se echaron á la calle. La joven rubia estaba á diez pasos de ellos. La alcanzaron, y el Marquesito hizo la presentación de rúbrica.

La señorita Lena..... El señor conde de Guantánamo.

Y comenzaron á hablar los tres, como antiguos conocidos.

El Conde, observando que se las había con una hermosa ave de noche, abandonó

bien pronto su timidez, mostrándose con Lena franco, jovial, galante.

—Para sellar nuestra amistad, desearía solamente—le dijo al despedirse, estrechándole la mano—que aceptase V. una cena que doy esta noche en mi hotel á varios amigos... que llevarán también á sus amigas.

—A qué hora?—preguntó ella.

—A la salida del Real.

—Convenidos.

El Conde se separó de Lena entusiasmado. Su compañero le dió amplias noticias de ella. La conocía de sobra: había sido en otro tiempo su querida. Era una gata golosa que devoraba hoteles, encajes, caballos, perlas, diamantes,..... todo lo devorable. Ocho dias ántes, al comerse el último billete de banco de un diplomático, había puesto á éste de patitas en la calle. Por eso estaba libre.

Para obviar todos estos inconvenientes, era la mujer más hermosa de Madrid, y sería un acto de supremo buen tono presentarse en sociedad, teniéndola por querida.

El Conde se frotó las manos alegrementemente: una mujer así le hacía falta.

—Por muchos dientes que tenga, tengo yo más que roer,—añadió por último, al separarse de su amigo.

∴

Aquella noche, poco después de terminarse la función del Real, se sentaban á la mesa, en el hotel del Conde de Guantánamo, doce comensales.

Seis *smokings*, cuyo dueño, el que ménos, tenía nueve ó diez apellidos, intercaláronse con otras seis *mariposas de oro*, que no tenían ninguno: todas jóvenes, bellas, esplendorosas, casi desnudas de medio cuerpo arriba. El Conde ocupó la cabecera de la mesa y á su derecha se sentó Lena.

La cena fué una de esas comidas alegres, en las que las conversaciones chispean, como los vinos en las copas.

El anfitrión encantó á sus comensales, cuando, rogado por ellos, refirió sus viajes á los postres.

Había comido con los pieles rojas del Missisipí, con las bayaderas de la India, con

los judíos de Jerusalem, con las odaliscas de Constantinopla; había cazado cocodrilos en el Ganges, búfalos en la América del Norte y, en fin, había bebido leche de leona cazada por él en el Sahara.

Ante éste último rasgo épico, Lena, que le había escuchado atenta, embebecida en su narración, como una niña ingenua que oye relatar á un primo marino, su primer viaje, propuso un brindis en honor del Conde, bebiendo élla la primera copa entre las aclamaciones de todos los comensales.

Al terminarse el banquete, Lena y el Conde se levantaron de la mesa, yendo á conversar en voz baja á un extremo del comedor. La consulta fué breve, y los dos jóvenes tornaron, sonriéndose, á ocupar su puesto entre los demás.

Antes de despedirse, el Marquesito, que se preciaba de ocurrente, hizo que se dieran delante de él la mano el Conde y Lena, y les echó burlonamente su bendición.

El Conde salió á acompañar á sus amigos hasta la puerta: Lena se sentó al piano.

Aun estaba el aristocrático grupo en los pasillos, cuando los acordes del piano acom-

pañando á la voz de Lena, les hizo sonreír á todos.

Uno exclamó:

—¡El canto de la sirena!

Y se retiraron alegremente, menos las mujeres, mordidas por la envidia de la suerte de Lena.

Al volver el Conde al comedor, se detuvo en el pasillo escuchando el canto de ésta. Le sonaba á cosa conocida. Hasta la voz de la cantora, dulce á ratos, otros inarmónica, áspera, como de cuerdas vocales relajadas por las largas noches de orgía, la había él escuchado alguna vez, no sabía dónde.

Lena terminó su canto y, haciendo un gracioso *ritornello*, volvió á comenzar; pero observó admirada que no cantaba sólo: una voz de hombre robusta, luchando por amoldarse á la suya, la voz del Conde, le hacía dúo.

La jóven, sin dejar de cantar, echóse hácia atrás en el taburete del piano, esperando asombrada la entrada del Conde en el gabinete.

Cuando entró éste, calló bruscamente, al observar la agitación de su rostro.



El Conde adelantó hasta ella y poniéndole las manos sobre los hombros desnudos, que se estremecieron, dijo con voz trémula:

—¡Conchesi!

La turbación con que Lena bajó la cabeza, le dijo más que un discurso. Tras prolongada pausa, continuó:

—Esa canción se llama *El anillo de oro*, ¿Quién te la ha enseñado?

Esta pregunta quedó sin respuesta. Lena se había levantado y se apoyaba en el piano ruborosa como una vírgen. El Conde la contemplaba grave y sério: parecía un hermano pidiendo á su hermana cuentas de su honra...

¡Aquella canción! Era una balada muy romántica que había compuesto el Conde cuando era niño y vivía en las montañas vascas, en la casa paterna. Fué el único fruto de su ingenio, que produjo el estudio de la Retórica en el Instituto. La tonada era también obra suya.

Un jóven campesino parte para la guerra. Al borde de un torrente, se despide de su amada jurando serle fiel. La jóven, cuando aquél se aleja, para que nunca olvide

su amor, invoca al dios protector de los amores y le ofrece un tierno sacrificio. Arroja al torrente su anillo de oro, el anillo que le dió su madre al morir, su anillo de desposada.

Esta canción la había enseñado el Conde á una niña, á una amiga, á una hermana suya de corazón, de quien estaba castamente enamorado, hija de uno de los criados de la casa. Cuando marchó á América, se ausentó de ella, abrazándola, llorando, prometiéndola acordarse siempre... Pero no se había acordado. Al tornar á España, hombre ya, ni un recuerdo tenía para aquella Conchesi que había sido su primera pasión profunda é inocente.

Para traérsela á la memoria, el maligno espíritu de lo imprevisto se la había puesto en las manos, como una de esas botellas que los náufragos arrojan al mar y, después de años, las vuelven á abrir ellos mismos.

El canto de amor de otro tiempo, el canto de la sirena de hoy sirvió para reconocerla. Pero ¡cómo!... ¡en qué estado! El Conde pensaba egoistamente que le hubiera valido más no oírlo nunca.

Lena continuaba apoyada en el piano arrancando, con el roce febril de su cuerpo, pequeños sonidos á las teclas. También ella había reconocido en el Conde al rapaz enamorado de ella, y con el que tantas veces había soñado.

Como permaneciese callada largo rato, sin romper el silencio, el Conde para abreviar la escena, sacó la cartera del bolsillo y se la colocó entre las manos, saliendo á paso rápido del gabinete.

Largo rato estuvo paseando por el jardín, con la cabeza descubierta, bajo un cielo blanquecino y una luna clara que le bañaba de dulcísima frescura.

Toda su vida de niño, todas las nimiedades que el alma recoge en sus huecos sin fondo, se le volvieron á aparecer, con el encanto de una perspectiva lejana. Se acordó de su madre, que, casi no había conocido y de su padre, á quien había olvidado, prometiéndose ir á rezar muy pronto sobre sus sepulturas.

El frío de la noche, le hizo retirarse. Lena, Conchesi, aquella mujer que simbolizaba su primer amor casto y su último amor

sensual, se había ido á su casa avergonzada. No tendría que verla otra vez.

Al entrar en su dormitorio, lo primero que le saltó á la vista fué el cuerpo de Lena dormida, destacándose suavemente bajo la fina cubierta del lecho del Conde.

Estaba muy descubierta, mostrando el pecho sonrosado y los brazos perezosamente doblados. Postura coqueta, llena de gracia, preparada para causar efecto. Y por su rostro, por su hermoso rostro, encuadrado en un marco de cabellos de oro, vagaba una sonrisa de triunfo, como las ondulaciones de una tela que agita á intervalos el viento.

El Conde la contempló un instante, lleno de lástima, indulgente, sintiendo que, dentro de él, se reformaba parte del libro de su vida, en lo referente al concepto de las mujeres.

Depositó en la frente de la jóven un beso fraternal, y se alejó del dormitorio, pensando en sus primeros años, en su infancia casta, llena de olas de luz, de bosques verdes, de aire purísimo, en todo aquel adorable conjunto de recuerdos, que no había de

volver más como uno de esos paisajes de espejismo que se evaporan en el aire.

San Sebastián 22 Agosto 92.





# CELOS

**G**ENERALMENTE se cree que sólo los hombres, en el desarrollo de todo su sér, son capaces de sentir esas pasiones avasalladoras, que, como los vientos del desierto secan de raíz las fuentes de la vida. Sin embargo, el cuerpecillo endeble del niño es también susceptible de experimentar sentimientos tan intensos ó más que las personas mayores.

Un ejemplo.

Enrique Zamora tenía, de su matrimonio con Juana Sellent, dos niños: Pachín y Luisito; el primero iba á cumplir cuatro años, el segundo, tres sólamente.

Ambos eran adorables: Pachín, delgado, rubio, con una cabellera que le llegaba hasta los hombros, el cuello largo y los ojos de un azul límpido, se asemejaba á un ángel de misal gótico. Luisito, gordezuelo, colorado, con las piernas algo combadas hacia fuera, el rostro malicioso y alegre parecía uno de esos geniecillos diminutos que poseen el don de hacer reír á todos.

El ingeniero y su esposa amaban á estos dos niños muy desigualmente, no en intensidad, sino en modo.

Quizá por las especiales circunstancias que concurrían en Pachín, producto de una falta, legitimada después por la Iglesia, le amaban con un amor púdico, que escatimaba, como avergonzado, las manifestaciones de su cariño.

Una invencible asociación de ideas, les traía á la memoria, á cada caricia que le hacían: á ella, su criminal debilidad; á él, su vergonzosa audacia; por eso, evitaban acariciarle, estando juntos, para no avergonzarse mutuamente.

Cuando se hallaba uno de los dos á solas con él, le colmaba de caricias; fuera de es-

to, se limitaban á mirarle con melancolía.

El niño, por su parte, parecía comprender el contrasentido de su vida; y retraído, grave, sin gustar de los juegos infantiles, parecía preguntarles, con sus ojos serenos, la causa de aquellas explosiones ocultas de cariño y de aquellos largos períodos de indiferencia.

Al contrario de su hermano, Luis, hijo del amor honrado y legítimo, monopolizaba todo el cariño ostensible de sus padres. Estos le adoraban, no sólo por ser hijo, sino por ir asociados á él recuerdos agradables, dulces y limpios de vergüenza. En las caricias que le prodigaban, había, además del amor natural de padre, la satisfacción de colocar aquel amor en un objeto noble y decoroso.

Hasta la figura bondadosa del niño y su carácter alegre, predispuesto á la risa, contribuían á este resultado: tenía el don de atraer que á Pachín le faltaba.

A pesar de su poca edad, no pasaba para éste inadvertida esta predilección por su hermano. Cada una de esas preferencias, cada uno de esos obsequios que los niños



saben apreciar como ninguno, producían en su alma una herida que de día en día se enconaba.

Sus padres creían repartir equitativamente su cariño entre los dos niños, y aunque á cualquiera otro hubiera chocado la gravedad del semblante de Pachín y su constitución enfermiza, ellos, acostumbrados á verle desde que nació, sesudo y formalito, atribuíanlo á falta de elementos vitales y le atestaban de *hierro* y de aceite de hígado de bacalao.

Cuando Pachín cumplió cuatro años, Enrique compró á Luis, para que se lo regalara á su hermano, un precioso barco de guerra con todos los detalles de *uno de verdad*.

En reciprocidad, el día del santo de Luis, su padre compró á Pachín, para que obsequiase al pequeñuelo, un hermoso caballo de madera con armadura de mecedora, que le hacía imitar, á lo vivo, el galope de uno de *carne*.

Pachín comparó el hermoso caballo de su hermano con su barco deteriorado ya y sin multitud de piezas, y de ello dedujo que

sus padres querían mucho más á Luis, puesto que le compraban juguetes más hermosos que los suyos.

Aquella noche soñó que su padre, su madre y su hermano huían montados en el caballo de madera, abandonándole en un desierto inmenso, á pesar de su desesperado lloro.

La impresión que le produjo esta pesadilla, fué tal, que, á la mañana siguiente yendo Juana á vestir á los dos hermanos, halló á Pachín con el rostro encendido y amorrado por la calentura.

Llamó asustada á su marido y éste hizo venir al médico enseguida.

El doctor reservóse el diagnóstico para la segunda visita, y, cuando volvió á la tarde, halló del todo definida una fiebre gástrica bastante intensa.

En los cuatro dias siguientes, trascurridos sin que un instante remitiese la fiebre, el pobre niño se quedó demacrado y débil, como un pájaro hambriento.

Juana no se apartó un momento de su lado, velándole con el interés del verdadero cariño. También el ingeniero suspendió

durante ellos sus trabajos, para cerciorarse de que el mal no avanzaba; y hasta el mismo Luisito, en brazos de su padre, fué muchas veces á besar á su hermano con una gravedad que daba risa, y le preguntaba á su padre al oído:

—*No etá mueto, ¿edá?*

Al quinto dia, comenzó á disminuir la calentura y á alejarse el peligro. Todo quedaba reducido á reponer pronto y bien el cuerpecillo del niño, que, en cuatro dias, no había tomado ningún alimento.

Desgraciadamente, cuando Juana iba á darle el primer caldo, entró Luis arrastrando el caballo; lo puso en medio del gabinete, acercó una silla y montándose en él, lanzó un grito de alegría y comenzó á galopar con furia... sin moverse de su sitio.

Pachín contempló el caballo con envidia y no quiso tomar el caldo. Su madre apeló á las caricias, á los ruegos: el enfermito no se dió á partido. Juana le dijo por último, creyendo así vencerle:

—No te quiero, porque eres un niño malo, que no haces lo que te mandan: tu her-

mano es mejor que tú y por eso le quiero más.

Y cogiendo en brazos á Luisito, salióse del gabinete.

Dos lágrimas se deslizaron por las mejillas del enfermo; su pecho se levantó para dar paso á un sollozo; pero lo ahogó en la garganta, y se limpió las lágrimas aparentando indiferencia.

Por la tarde, se repitió la misma escena, y como el médico mandara hacerle tomar caldo, á todo trance, Juana y Enrique no sabían de qué medio valerse.

Para estimularle de algún modo, aquella noche cenaron junto á su cama. Luis comía de todo, pidiendo siempre, *más*, y haciendo ademán de meter á su hermano la cuchara por los ojos; tampoco lograron nada.

Cuando el ingeniero salió del gabinete, Pachín le oyó decir encolerizado:

—¡Esa criatura quiere matarse!

No, él no quería matarse, porque no sabía lo que significaba la muerte; él quería estar siempre enfermo en aquella camita, para que todos en casa se ocupasen exclusivamente de él. Juana le decía que, si to-

maba aquel caldo tan rico, se pondría bueno enseguida, y eso es lo que él no quería. En cuanto se curase, volverían á relegarle al olvido. Todas las caricias serían otra vez para Luis y él no obtendría mas que miradas compasivas.

Sin embargo, como á media noche, Juana le volviese á ofrecer caldo, le dió lástima el rostro fatigado y ojeroso de su madre y consintió en tomar algunos sorbos.

A la mañana siguiente, Enrique salió temprano de casa y volvió con infinidad de juguetes, que desparramó triunfal sobre la cama de Pachín.

Mientras le explicaba el mecanismo de algunos de ellos, atraído por el *olor*, entró Luis silencioso, y agarrando los más accesibles, echó á correr como una ardilla.

Los dos esposos no pudieron ménos de soltar la risa, ante la rapiña del pequeñuelo; pero Pachín se puso grave y ya no hizo caso de los juguetes. Cuando llegó la hora de tomar el caldo, se negó rotundamente.

Y para entonces ya, la debilidad de su cuerpo era tan grande, que el pulso se percibía, á través de la piel blanca y fina, co-

mo una oscilación apenas perceptible.

Juana y Enrique sentían que la vida iba abandonando, poco á poco, el cuerpo del niño; y el no poder evitarlo, les consternaba. Ellos, que sentían un pesar infinito por su hijo, no podían concebir que éste muriese por falta de amor, como un pájaro fuera del nido.

Todo aquel día transcurrió del mismo modo: Pachín soñaba que ahora era él, y no sus padres con Luisito, el que huía montado en el caballo de madera. No sabía á dónde iba; pero la certeza de no encontrarse con su hermano, ni con ninguno de los que le habían hecho sufrir, le producía una alegría muy grande.

Por fin, al amanecer del siguiente día, Juana, que, se había dejado vencer un momento por el sueño, sintió que el enfermo le estrechaba con fuerza la mano. Despertóse sobresaltada, y, al mirar el rostro demudado del niño, dió un grito y llamó á su marido.

Al sentir á éste cerca de sí, Pachín hizo un gesto tan expresivo, que su padre le tendió llorando la mano. El niño la asió con

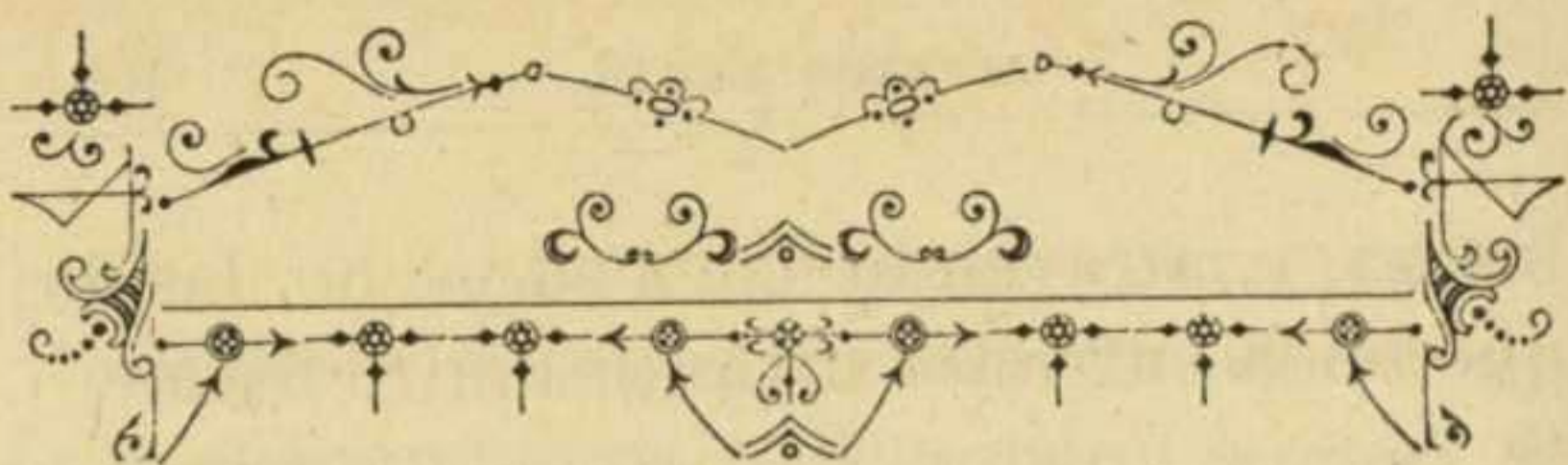
fuerza, y, atrayendo hacia su pecho, las dos que tenía entre las suyas, les miró fijamente, como si quisiera llevárselos consigo; y su espíritu, aquel espíritu tan debilitado, que, á semejanza de las plantas tropicales necesitaba una gran cantidad de calor, se exhaló en un suspiro de satisfacción.

Juana y su esposo cayeron sobre el lecho sollozando. Cuando pasó el primer ímpetu del dolor, un mismo pensamiento terrible les asaltó á los dos á la vez, sugerido por la última actitud del pobre niño.

Y entonces, únicamente, fué cuando se preguntaron horrorizados, si su hijo habría muerto de celos.

San Sebastián 4 Agosto 93.





# LA VACA



**D**ICEN que no se pué pedir limosna! Bueno. ¡Que es una vergüenza mendigar! eso se dice muy facilmente. Pero digo yo: ¿quién tiene la culpa de que yo pida limosna? Vamos á ver: ¿ustés quién saberlo? pues oigan la historia.

Yo se la contaré. Es una historia muy triste, muy triste. Yo la contaré mal, porque soy un pobre hombre que no sabe de letras..... pero no; la contaré bien, porque lo que sale de muy adentro del alma, bien se explica.



Hace ocho años, yo vivía en esta misma ciudad tan ricamente y sin pedir nada á nadie.

Vivía en el barrio de Las Moreras próximo al cuartel del batallón de Cadiz, en una casa pobre, pero limpia como un espejo.

Entonces no estaba solo como ahora. Tenía á mi lado un chiquillo de cinco años, moreno como un gitano, que era un diablo..... un diablo de los buenos; una niña, que, á pesar de andar descalza, parecía una princesa; y una vaca suiza, con un solo cuerno, blanca con manchas rojas, noblota y sumisa como ninguna, la *Pintada*: total, tres hijos.

Yo, por aquel tiempo, andaba ya alicaído y con pocas fuerzas, de resultas de la muerte de mi mujer, que está en la gloria; pero trabajaba lo que podía, un día sí y dos no, de peón de albañil, pa cultivar jardines, en fin, á lo que salía. Yo nunca he hecho ascos al trabajo.

Con lo poco que yo ganaba, no había podido dar de comer á mis hijos, si no es por la vaca que era nuestra providencia. ¡Qué

hermosa era! ¡Ella nos daba cada ternero!... ¡y un mar de leche!: lo bastante pa sacianos y aun pa vender la metá, por buenos cuartos.

Y todo esto gratis; del modo y manera más sencillos.

Apenas avisaban á *rancho* las cornetas del cuartel vecino, mis dos chiquillos, ¡angelillos de Dios!, cogían una lata de petróleo con su asa y todo, que yo le había puesto, y se marchaban á la puerta del cuartel, Al poco rato, volvían á casa con la caldera llena de rancho hasta sobrarse.

Como eran tan chiquitos y tan hermosos, todos los soldados les daban lo que les sobraba «Pa la Pintada»... y pa nosotros también, que bien bueno nos sabía, sin miaja de escrúpulo; pero ellos creían que era solo pa la Pintada, que, en efecto, se lo comía casi todo, relamiéndose de gusto: porque la querían de veras por noblota y sumisa, y lo buena que era. Muchas veces venían á la puerta de casa, y solían dale pan y azúcar... y también vaciale las ubres alguna vez que otra.

Ella se dejaba sin chistar: bien sabía la

pícara que ellos la mantenían reventando de gorda, y á mis chiquillos y á mí, que sin ella era hombre al agua.

Así es que vivíamos tan guapamente y ninguna noche se me olvidaba rezar por los soldados que nos daban qué comer y por la Pintada que daba pa ir tirando.

Mis hijos crecían gordos y coloraos, y yo ya que no podía mandarlos á la escuela, porque tenían que cuidar de la vaca, esperar el rancho y hacer alguno que otro recao á los soldados, les enseñaba las oraciones y los llevaba á misa los domingos, como que á más de estar esto muy conforme con mi natural, era lo que más me había encargao su santa madre al morir.

En esto, llegó un verano muy seco que agostó toa la yerba de los campos.

Los animales de los pobres comenzaron á enflaquecer con el ayuno, sin tener donde pastar; pero mi Pintada, atracándose de rancho por mañana y tarde, se conservaba tan hermosa y lucia, que daba gusto verla. Hasta los señoritos de la ciudad se quedaban pasmaos al mirarla.

Una tarde, al volver á casa mis dos chi-

quillos, con el caldero de lata rebosando de rancho, se toparon con un rebaño de esas que dicen Recogidas que se meten en un convento despues de haber sío muy malas, que iban de paseo.

Los pobres chicos, ya se ve, dejaron el caldero en el suelo y se pusieron á mirar como unos papanatas... De esto sólo proviene mi desgracia. Si no hubián mirao, otro gallo me cantara.

Pues como digo, se quedaron mirando, y una de ellas, la que mandaba en todas, al pasar reparó en el caldero de rancho. Con toa la política del mundo, principió á haceles fiestas y á llamales hermosos, angelillos... pa que desembuchasen too. Les preguntó que pa quién llevaban tanto rancho.—«Pa la vaca y pa nosotros,»—respondieron los inocentes. Ellas cuchichearon entre sí un poco de tiempo, y se marcharon, después de dales medallas y estampas á mis hijos.

Al llegar yo á casa, po la noche, me los encontré haciendo un altar en una silla rota y besando las estampas de las monjas con mucha devoción.

Apenas me vieron, me contaron too lo

que les había pasao. Yo no dí sinificancia al caso. ¡Quién iba á recelar de una cosa tan sencilla como aquella! Cenamos en paz y en gracia de Dios, y nos acostamos sin ningún peso en el ánimo: no toos puen decir lo mismo.

A la mañana siguiente, me levanté temprano, vestí á mis chiquillos, les dí pa almuerzo un peazo de pan y un beso, y me marché á trabajar, después de haber limpiado bien á la Pintada.

Cuando volví, á la hora de comer... Las glárimas se me saltan á los ojos. ¡Paece que lo estoy viendo toavía! Me encontré en el portal á mis dos chiquillos sentaos en el suelo y callaos como muertos: delante de ellos, estaba el caldero del rancho vacío, limpio como una plata, y la pobre Pintada mirándolo con la cabeza baja y los ojos tristes, como los de una persona.

—¿Qué os ha pasao?—pregunté, al ver too esto.

Mi pequeña, que tenía un pico de oro, llorando sin consuelo, me puso al corriente de lo que había ocurrió.

Al ir, como de costumbre ¡los pobres! á

recoger las sobras del rancho, por la mañana, un sargento les había dicho: que se largasen de allí y que no paeciesen más por el cuartel, que no había más rancho pa ellos; y que desde aquel dia iban á dar las sobras á quien hiciese más aprecio de ellas que nosotros, que las desperdiciábamos sin aprovecharlas.

Al oír esto, me quedé como muerto, sin pulso, pensando de ónde iba yo á sacar de comer pa mis hijos y pa la vaca.

Al instante me ocurrió la idea, de que las *recogidas* tenían la culpa. Sin perder momento, me fuí al cuartel y allí acabé de convencerme.

Dos monjas habían estao con el teniente coronel, y le habían convenció pa que les diese á ellas el rancho pa sus vacas que estaban *muy flaquitas*.... ¡Dios, y tenían unas vacas como lefantes de gordas, con unas tetas que arrastraban por el suelo!

Bueno; el caso es, que, tanto le dijeron de que nosotros lo desperdiciábamos, como ellas lo habian visto con sus propios ojos—; embusteras!—, y tanta saliva gastaron haciéndose las pobres, aunque tenían una casa

como un palacio y apaleaban el dinero, que, á la postre, el jefe aburrío mandó que se guardase desde aquel día las sobras del rancho pa aquellas hambrentonas.

Y no hubo más. ¿Qué iba á hacer yó en un caso como aquél? Callame y trabajar.... Y eso hice con toa el alma y lo poco de fuerza que me quedaba en el cuerpo. Como si no: por buena voluntá no quedó; pero, el caso es, que no podía, que no podía solutamente.

¡Qué había de suceder? lo que sucedió. La Pintada enflaqueció, se quedó en los huesos y un puro pellejo, y dejó de dar leche. Mis hijos supieron lo que era hambre y neseidá, y yo.... y yo, lo que era padecer y sufrir, viendo sin pan á los peazos de mi alma.

¡Que Dios me lo tome en cuenta cuando me muera, pa que me lleve al lao de mi mujer y de mis hijos que estarán en la gloria!

Al cabo de algún tiempo, la Pintada, á pesar de llevála á pastar por toas partes, como no había yerba, se puso enferma y se murió, mirándome de un modo que partía el corazón.

Ya sé lo que ustés dirán pa sí: ¿que porqué no la vendí cuando ví que no podía mantenerla? Por terco, ya lo sé; por tener esperanza..... no sé qué..... Y porque la quería con el alma y la vida. A más, que valían entonces las reses muy baratas, porque todos querían deshacese de ellas, y me hubían dao cuatro cuartos.

En fin, el caso es que se murió.

A los pocos dias, mis hijos que no estaban acostumbrados á las intemperies, mal comíos y peor vestidos con lo que yo ganaba, enfermaron de sarampión, y, como en casa no había pa melecinas ni pa cuidalos como era de ley, primero al chico y luego á la niña, se los llevó Dios á la gloria. ¡Hijos de mi alma! Desde el día que los despacharon del cuartel, no los ví reir una vez tan siquiera.

Luego, después de esta desgracia, aun me quedaba que sufrir.... Pero es muy largo de contar y ustés se cansarán de oír á este enfeliz. La historia de siete años de miseria, sin pan, sin lumbre, aterecido de frío y con los retorcijones del hambre en las entrañas, es muy larga, muy larga de contar,



---

y muy triste pa el que, como yo, la tragó  
sorbo á sorbo.

Vitoria 15 Septiembre 92.

